

ENTREVISTA

Nicolás Iñigo Carrera: Acervos familiares, experiencias universitarias, exploraciones teóricas: la formación de un historiador en Argentina, del primer peronismo a la dictadura (Versión completa)

Carlos M. Herrera y Hernán Camarero

Centre de philosophie juridique et politique
Université de Cergy-Pontoise, Francia
Carlos.Herrera@u-cergy.fr

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas
y Técnicas - Universidad de Buenos Aires
hercamarero@gmail.com

Desde los años 1990, Nicolás Iñigo Carrera se convirtió en uno de los historiadores marxistas que marcó las discusiones y los estudios sobre la clase obrera argentina, en particular a partir de su concepto de “estrategia”. El fruto de este trabajo se materializó en la década siguiente, en particular en su libro *La estrategia de la clase obrera. 1936* (2000). Estos últimos años, el programa se completó con otras obras, como *La otra estrategia. La voluntad revolucionaria* (2016), o más recientemente *Las estrategias de la clase obrera en los orígenes de peronismo* (2019), investigaciones donde destacan la preocupación metodológica y la minuciosidad empírica, más allá de los debates que han podido generar, incluso en las páginas de esta revista. Nicolás ha jugado también un rol importante como animador del Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina (PIMSA).

Si estas facetas son conocidas, quisimos abordar en esta entrevista el camino previo, lo que podríamos llamar sus años formativos, a

partir de tres ejes: la vida familiar, marcada por la impronta socialista al ser nieto de Juan B. Justo y vivir con Nicolás Repetto, el tiempo de la formación historiográfica en los años 1960, en plena renovación de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, y finalmente, las primeras experiencias en el campo de la investigación durante las dos décadas siguientes, llevadas a cabo en torno del Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales (CICSO). Un arco de vida que cubre tres décadas de la historia argentina, del peronismo a la dictadura militar, en un marco de radicalización política.

Una versión más reducida de esta entrevista fue publicada en el número 18 de la revista *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda* (<https://doi.org/10.46688/ahmoi.n18.305>). Aquí se reproduce la entrevista en su versión completa y más extensa, con algunas fotos provistas por el propio Nicolás Iñigo Carrera.¹

* * *

Para empezar es necesario hacer dos precisiones:

Lo que voy a responder está totalmente atado al recuerdo de mi experiencia personal. Muy probablemente los mismos hechos serían relatados de manera diferente por otros/as que también los vivieron.

Sobre todo porque las respuestas están hechas “de memoria”, aunque también revisé materiales de mi archivo. Sabemos bien que la memoria puede alterar los hechos, errar fechas, olvidar aspectos, exagerar otros. Buscar toda la documentación para hacer un relato más preciso llevaría mucho tiempo.

¿Cuál es la historia de la casa? Empezando por la compra del solar, ligado a un conjunto de socialistas que vivirían en torno ¿Cuándo se compró? ¿Cuándo se construyó? ¿Quién fue el arquitecto? (a mí me llamó mucho la atención la modernidad de la concepción).

La casa se construyó en 1938. Mi madre, que siempre gustó de los espacios amplios, medio campestres (probablemente por haber pasado varios años de su infancia en el campo La Vera, en Tío Pujio, y los veranos

1. Nicolás Iñigo Carrera es hijo del matrimonio entre Sarita Justo (1910-1986), la sexta y última hija de la unión de Juan B. Justo y Mariana Chertkoff, y de Ismael (1911-1984), hijo de Victoria Tomasa Marnoni y Segundo Iñigo Carrera, quien tenía también una aquilatada militancia socialista, en la que se destacará otro de sus hijos, Héctor. Tras la muerte de su madre en 1912, Sarita fue criada por su tía Fenia Chertkoff y Nicolás Repetto, con quienes vivió hasta sus muertes, en 1928 y 1965; sus hermanas Leticia y Aurora Justo se casaron con Germán y Emilio Dickmann, respectivamente.

Nicolás Repetto y
Nicolás Iñigo Carrera.



de su juventud en el tambo de Los Cardales), compró el terreno, después de descartar uno mucho más grande en San Isidro por consideración a la actividad política de Repetto, que se negaba a “ser enterrado” en un lugar tan apartado como San Isidro. Recordemos que no mucho antes, mi bisabuela Aurora Castro, cerraba su casa en la avenida Paseo Colón al 500, tapaban muebles y arañas, y se trasladaban (se mudaban) para pasar el verano en su quinta ubicada en el barrio de Saavedra.

En Vicente López, muy cerca de los dos lotes sobre los que se construyó la casa, vivían varios familiares: a dos cuadras había construido su casa su hermano Andrés Justo; al lado, por la calle Gaspar Campos, vivía su hermana Aurora Justo, casada con Emilio Dickmann; y atrás, por la calle Libertad vivía el padre de éste, Enrique.

El terreno lo compró mi madre a Juan Camet, casado con una hija de Alejandro Dickmann, con un crédito (no del Hogar Obrero; tengo los recibos de las cuotas pagadas); siempre destacó que lo había comprado y construido la casa con lo que recibió de su padre, más el crédito pagado con su sueldo de profesora.

La casa la diseñó el estudio que tenía Andrés Justo con Carlos Franzetti, ingenieros ambos, y donde trabajaba en ese tiempo otro hermano, Miguel Justo, que, según mi madre, tuvo un papel central en el diseño de la casa. Ese estudio construyó varias “casas colectivas” de El Hogar Obrero y Andrés formó parte del estudio que diseñó y/o construyó el Barrio Los Andes, en Chacarita. Creo recordar que también construyeron los locales de La Fraternidad y/o La Unión Ferroviaria.

En esa época Vicente López era una zona de quintas, aunque también industrial. En el patio trasero de la casa teníamos un gallinero, que se poblaba y renovaba, además de con los pollitos que nacían allí, con gallinas y un pavo que le mandaba a Repetto alguien de San Nicolás o Pergamino cada fin de año o para su cumpleaños. Por supuesto había perro. Jamás gatos, a los que perseguíamos con entusiasmo y aval materno.



Repetto frente a la casa

Recuerdo que, diez años después de construida la casa (hacia 1948), en la cuadra sólo existían la casa de mi tía Aurora y una cochera transformada en departamento que sus dueños alquilaban a un obrero telefónico; el resto era la quinta de Adamoli, que tomaba más de un cuarto de manzana. La vereda de enfrente correspondía totalmente a la quinta de Passera, que tomaba por lo menos media manzana; esa quinta tenía un molino, con su característico ruido “yun, yun” y que duró hasta que se loteó esa parte de la quinta (probablemente en la década del 60 o 70). Cuando yo tenía unos 3 ó 4 años se construyeron en esa cuadra dos casas: en la esquina la de Lizer y Trelles (que fue decano de Agronomía en 1945) y al lado, la del Dr Ferenc Gordon, húngaro exilado, que fue ministro de Finanzas en 1945 y 1946 en su país, aliado a los socialdemócratas, muy caballeroso (saludaba a mi madre besándole la mano) y con el que Repetto conversaba de portón a portón. La quinta de Adamoli se loteó a fines de los 50 o comienzos de los 60 y se construyeron cuatro casas (entre ellas la de Ernesto Milstein y la de Gandulfo (hijo de “Doña Petrona”). Por la otra calle estaban, entre otras, las casas de un carbonero y de un zapatero.

A unas cinco cuadras, yendo hacia el bajo, donde ahora hay unas torres, estaba la gran fábrica textil de Bracerías, que ocupaba más de una manzana, y cuyo silbato oíamos claramente. A tres cuadras había una fábrica de levadura. A dos cuadras había una pequeña villa miseria de dos o tres ranchos criollos.

¿Cómo era la educación en tu hogar? ¿Había algo específico en ella que lo distinguía del de tus amigos del mismo sector social? Por ejemplo ¿en el plano moral (consumo del alcohol, juego)?

Sobre la educación podría extenderme muy largamente. Repetto era un docente nato: vivía relatando o explicando sobre todo; viajar con él en tren era recibir lecciones sobre lo que veíamos por la ventanilla. Y, cuando teníamos 7 u 8 años nos leía algunas páginas de un diccionario Larrousse en 7 tomos. Algunas veces nos ayudaba con los deberes de la escuela primaria; conservo sus apuntes para una composición sobre la oveja y otra sobre el maíz.

Las sobremesas (larguísimas, aunque los chicos huíamos a jugar al fútbol), incluían desde referencias históricas hasta cuestiones médicas y, sobre todo si estaba mi padre, historias del partido Socialista. Mi padre tenía en la cabeza (esto es, de memoria) un fichero del partido (sobre todo de la Capital) y un diálogo reiterado era Repetto relatando algo, interrumpiendo su relato para decir “¿Cómo se llamaba ese afiliado, bajito, de la 3ª, zapatero?” y mi padre respondiendo “Fulano”; y al rato otra vez sobre otro y así. El tema excluyente, exceptuando cuestiones de salud y noticias familiares era la política y, derivada de ella, la historia. Jamás los adultos hablaban de fútbol, carreras, mujeres o negocios.

La educación en el plano ético era muy estricta, basada en que “vos sabés lo que tenés que hacer”, sin ningún tipo de castigos y acompañada de mucho cariño. Mi madre volvía del trabajo cada día con golosinas para nosotros.

Mi padre era un absoluto puritano: nunca fumó, nunca bebió una gota de alcohol (si la ensalada de fruta tenía un chorrillo de uva él no la comía), tenía un absoluto rechazo por las aventuras galantes y los mujeriegos (de los que había algún espécimen en la familia) y por el juego, fuera lotería, carreras de caballos o naipes (solía citar la frase de Justo: “El juego es el impuesto a los tontos”). Mi madre (y Repetto) se permitían alguna copa de sidra en las fiestas, en general, eran menos absolutos.

Mi padre se levantaba a la 5 o 6 de la mañana y salía una hora después hacia la fábrica donde trabajaba (primero como empleado y después como socio) en Villa Lugano; cuando yo era muy chico iba en su auto Morris 8, pero en 1956 lo vendió y viajaba de Vicente López a Villa Lugano en dos o tres colectivos. Volvía alrededor de las 6 ó 7 de la tarde, excepto los sábados en que lo hacía al mediodía. Había sido muy deportista (jugaba al básquet en el club Porteño y en las Juventudes Socialistas), era muy lector.

Contra lo que podría suponerse era muy jovial y con mucho humor, muy burlón, bien porteño. Una anécdota, que requiere un dato previo:



Repetto, al centro, con los Dickmann

para no darle la medalla de mejor egresado de su promoción a Enrique Dickmann, la Facultad de Medicina había dictaminado que había habido un empate con otro egresado.² Mis padres y Repetto solían almorzar junto con los Dickmann los domingos. Cada tanto, antes de reunirse, mi padre le decía a mi madre “Hoy le voy hacer decir a Enrique «No empató nada»”; durante la comida iba llevando la conversación hasta que se nombraba al médico en cuestión y mi padre preguntaba “Ese es el que empató la medalla de oro con usted ¿verdad?”, a lo que Enrique respondía excitado “No empató nada”. Algo parecido le hacía a un hermano de Repetto que vivió unos años en casa; allí la frase provocada era “Se ha comportado como un peón”.

La educación que recibimos creo que era bastante diferente de la de mis compañeros de colegio primario y secundario. En primer lugar el ateísmo militante y el anticlericalismo en una época en todo el mundo se declaraba católico salvo unos pocos judíos o protestantes. En uno de los colegios donde cursé la primaria (Westminster College) creo que yo era uno de los dos o tres que iba a las clases de “Moral”, alternativa a las clases de “Religión” a las que iba el resto. (Pero no me salvaba del rezo previo al almuerzo que evadía diciendo cualquier cosa para que pareciera que rezaba). En este aspecto la educación fue de un ateísmo

2. La medalla de oro se la hizo dar Perón después del famoso encuentro.

absoluto (no agnosticismo, considerado una burda negociación con la religión) y un fuerte anticlericalismo, reforzado por relatos familiares como el que contaban mi padre y alguno de mis tíos Iñigo Carrera sobre como su padre moribundo en el Hospital Santa María (Córdoba) había tenido que batallar contra los curas que querían que aceptara los ritos católicos. (Mi abuelo Segundo Iñigo Carrera murió teniendo junto a la cama un ejemplar de *El capital* –traducido por mi otro abuelo– y el padrón electoral del Valle de Punilla: una síntesis de la política del PS).

También al tope de los valores recibidos un muy fuerte rechazo al machismo. Y esto también chocaba con la ideología de muchos de mis compañeros de colegio, tanto varones como mujeres: cuantas discusiones tuve en el colegio secundario con los que consideraban que las mujeres eran inferiores a los hombres, sobre todo intelectualmente. El rechazo era mayor aún a considerarla un objeto sexual. Lo que se postulaba era una absoluta igualdad entre hombres y mujeres, tanto en capacidades como en conductas. Hombres y mujeres son absolutamente iguales. Creo que en eso diferían (y difiero) con algunas corrientes feministas que no aceptan esa absoluta igualdad de capacidades. El modelo era Fenia Chertkoff y el Centro Socialista Femenino. Sin embargo, en la práctica, podía subsistir cierta idea de protección a la mujer.

Otro elemento importante era el rechazo a la violencia, que se desplegaba tanto en la ausencia de castigos y la prohibición de recibir armas de juguete como regalo (por supuesto nos fabricábamos sucedáneos, sobre todo de armas medievales) como en el convencimiento de que se podía llegar al socialismo por la vía del parlamento y la educación. El socialismo estaba difusamente presente como una sociedad más racional, sin clases ni diferencias sociales. Y en esto también nos diferenciábamos incluso de los compañeros de la escuela primaria: recuerdo mi rechazo a las referencias a “los negros” de algún amigo de entonces y al rugby, con su clara connotación clasista (al menos en aquellos años) frente al fútbol, que practicábamos en el jardín o en la calle.

Cabe agregar aquí que la educación incluía conocimientos musicales (estudiamos piano), ejercicios físicos (natación, gimnasia) y manuales (carpintería, que practicábamos en el taller del Dr. Maggi, un médico jubilado que vivía a la vuelta, frente al club del Banco).

La relación de tus padres con el PS ¿cómo la recordas?

Tanto mis padres como mis abuelos y tíos fueron socialistas. Mi padre volanteaba casa por casa en el barrio (una vez los habían corrido de la casa del caudillo radical Sancerni Jiménez) y fue activo militante desde la adolescencia (mi abuela recordaba una conferencia callejera de mi padre de alrededor de 15 años, bajito y flaco, en que uno de los



Fiesta de la Confraternidad Proletaria 1941. Ismael Iñigo Carrera (segunda fila detrás de su hermano Héctor), fue el secretario de organización

asistentes le comentó “Parla bene, ma non se le vede”) lo mismo que sus hermanos mayores. Fue secretario del centro socialista de la 17^a varios años; a comienzos de los años 30 formó parte de la mesa directiva del Comité Central de las Juventudes Socialistas, después fue miembro de la Junta Ejecutiva de la Federación Socialista de la Capital y secretario de varios congresos de esa Federación (1937-1943) así como de la comisión organizadora de las Fiestas de Confraternidad Proletaria.

Mi madre también militó, sobre todo en campañas electorales y en Nueva Argentina. Como desde la muerte de su madre en 1912, cuando tenía un año y medio, vivió con Repetto y Fenia tuvo la política en su casa, que era un verdadero centro socialista. Mi madre era afiliada del centro de la 7^a.

Un dato pinta el peso del partido en la vida de mis padres: se pusieron de novios un 1^o de mayo.

Mi padre dejó de militar activamente aproximadamente en 1947, pero siempre siguió involucrado en el partido. Después del golpe de estado de 1955 le pidieron a Repetto que designara al intendente de Vicente López, ofrecimiento que hizo a mi padre y que éste rechazó.

Más adelante haré referencia a algunas de las vicisitudes de esa relación.

¿Qué lugar ocupaba Repetto en la vida familiar? ¿La organización de la casa giraba alrededor de él (por ejemplo, horarios, comidas) o llevaba

una vida independiente del resto? El muere a fines del 65: ¿llegaste a tener diferencias con él (por el estilo de vida, la adscripción política, etc.)?

Repetto estaba totalmente integrado a la vida familiar, aunque tenía su actividad propia. No era muy madrugador y pasaba buena parte del día en su escritorio, leyendo (recibía publicaciones de todo el mundo), escribiendo o en reuniones. Se acostaba tarde (dos de la mañana), lo mismo que mi madre. Solía dormir una siesta en el sofá que tenía en el escritorio. Hasta los 90 años iba a las reuniones del Comité Ejecutivo del PS (y después del PSD) de las que volvía en trolebús a la una o dos de la mañana.

Mientras mi madre trabajó (mi recuerdo es entre 1957 y 1960, más adelante haré referencia a sus cesantías) o cuando salía por alguna razón, Repetto quedaba al comando de la casa durante las mañanas. Eso consistía en que, si hacíamos demasiado ruido, peleas con mis hermanos Juan y Leticia, etc., salía del escritorio furibundo y nosotros nos escondíamos. En esos años el orden de la casa (horas de almuerzo, etc.) estaban en función de los horarios de mi madre: cuando ella llegaba del colegio preparaba el almuerzo, etc.

Siempre compartimos los almuerzos y, si no nos escapábamos, las larguísimas sobremesas, que a veces se prolongaban hasta que llegaba mi padre del trabajo. Salvo que Repetto tuviera reuniones fuera de casa también compartíamos las cenas, con mi padre incluido.

No tengo recuerdo haber discutido con él en la adolescencia; y poco en la época de la facultad. Me acuerdo de una discusión sobre José Luis Romero y la importancia que le daba a la historia medieval que Repetto veía como parte de una ofensiva clerical. La división del partido fue causa de división en la casa, pero la que discutía con él era mi madre.

¿Qué lugar ocupaba la figura de Juan B. Justo en la casa? ¿Era una figura “familiar”? (¿Vos te sentías, por ejemplo, el nieto de Justo u operaba más bien como un mito o un prócer?)

Juan B. Justo era un modelo inalcanzable. Eran citadas con cierta frecuencia sus dichos como “Si en la mesa de la vida algunos no tienen lugar es porque otros ocupan demasiado lugar”, “El juego es el impuesto a los tontos”, “A igualdad de capacidad, quien menos impone su persona más impone sus ideas” y, visto desde hoy, estaba presente su definición de socialismo: “El socialismo es la lucha, en defensa y por la elevación del pueblo trabajador que, guiado por la ciencia, tiende a realizar una libre e inteligente sociedad humana, basada en la propiedad colectiva de los medios de producción”. Por la vía parlamentaria y la educación.

Pero también era el abuelo del que madre y tíos y tías contaban



Nicolás Iñigo Carrera, su padre y Alicia Moreau.

anécdotas jocosas (como cuando una vaca se metió en la huerta y cada vez que enfilaba para la salida un peón alemán al grito de “foira vaca” la espantaba nuevamente hacia la huerta; o cuando estaba dormido en un sillón y un gato se acercaba a restregarse y nadie atinaba a avisarle); tenía fama de burlón y cascarrabias. Repetto le tenía un respeto idólatrico. Me parece que se resaltaba más su ética que su capacidad intelectual, no porque no se la reconociera (todo lo contrario) pero más se insistía en su conducta y en el hecho de haber abandonado una carrera exitosa como cirujano para dedicarse a la política para mejorar la situación de los trabajadores.

¿Cuál era la relación con Alicia Moreau entre los años 50 y 70?

Mis padres apreciaban mucho a Alicia Moreau. Y la veíamos con cierta frecuencia. Tengo la carta de felicitación (bastante fuera de lo común) dirigida a mis padres cuando se casaron. Creo recordarla (muy difusamente) escuchando en el combinado de nuestra casa el discurso de Perón del 31 de agosto de 1955. La división del partido la alejó de Repetto pero no de mis padres. Después que murió Repetto y en una época en que Alicia vivió en Vicente López nos veíamos más. Cuando me casé tuvo la deferencia de ir al Registro Civil y su regalo fue el libro *Resurrección* de Tolstoi; todo un mensaje. Con ella alguna vez discu-

timos sobre el peronismo. También recuerdo su irónico juicio sobre el psicoanálisis, que asimilaba a la confesión de los católicos.

Más o menos en 1982 u 1983 me convocó a su departamento. Me dijo “Quiero hablar con los de 40 años, con los de 60 no me entiendo. Dicen que soy una soñadora... Me moriré soñando”. Tuvimos una conversación sobre el futuro de Argentina pero no nos pusimos de acuerdo. Tengo un recuerdo muy cariñoso de sus hijos, mi tío Juan y, aunque lo traté mucho menos, de Luis.

¿Iban socialistas a tu casa? ¿A quiénes recordás?

Repetto recibía muchas visitas de dirigentes socialistas así como de afiliados. De los segundos recuerdo que venían seguido Rolandi, Montenero; más espaciados Nicolás Cuello, Guillermo Romero, Juan Torres. Entre los jóvenes Emilio Corbière y Norberto Laporta. De los dirigentes tenía una relación más o menos diaria con mi tío Andrés Justo, que vivía a la vuelta; otro dirigente que lo visitaba era Rondanina. Alguna vez vino a casa Palacios, a comienzos de los años 50.

Cuando se produjo la ruptura del 58 lo visitaban Ghioldi, Solari, Pena. En un primer momento Repetto había dicho que se mantendría al margen de las partes en conflicto; según mis padres esas visitas tenían como objetivo ganarlo para lo que después fue el PSD, lo que lograron.

No recuerdo visitas de políticos no socialistas. Sí alguna visita de Zelmira Paz (la dueña del diario La Prensa) y de Isaac Rojas siendo vicepresidente y de Carlos Perette también siendo vicepresidente.

Otros visitantes fueron el escultor Luis Perloti, en una época Florencio Escardó, en pareja con la militante socialista Josefina Marpons.

¿Cómo se vivió el peronismo, que cubre buena parte de tu infancia? Tanto en la relación con el afuera (por ejemplo, no hablar de ciertas cosas en público, tener cuidado con la seguridad, la detención de Repetto en el 52) como con la relación dentro del Partido? (en particular, la ruptura Dickmann que te tocó de cerca al ser vecinos...)

Mis padres fueron totalmente antiperonistas, pero nunca anti obreros (como si ocurrió con otros parientes); jamás tuvieron cabida expresiones como “negros”, “cabecitas negras” o similares. Fuimos educados en el rechazo a toda forma de racismo y a la creencia en razas superiores o pueblos elegidos.

El peronismo fue vivido como un desastre para el país, un engaño a los trabajadores y un robo de las banderas del PS. Lo cierto es que determinó nuestras vidas en muchos sentidos.

Cada tanto Repetto era vigilado. Tengo la imagen del “pesquisa”

parado en la esquina durante todo el día (en un barrio bastante descampado era imposible que un extraño parado horas en una esquina pasara desapercibido).

Ya antes de que Perón asumiera la presidencia Repetto tuvo que exilarse en Montevideo (desde el 26/7/1944 al 3/9/1945) y habiendo nacido yo en mayo del 45, a mediados de julio fui llevado por mis padres a que me conociera. En el hotel en que estaba Repetto también se alojaba David Tieffenberg, que siempre me recordaba ese “encuentro”.

Repetto fue apresado en dos oportunidades: en 1951, después del golpe de Menéndez y en abril de 1953, después de las bombas en Plaza de Mayo y el incendio de la Casa del Pueblo. Pero hubo otros allanamientos en que no lo encontraron, porque había huido a tiempo. Esto me recuerda una situación bastante cómica (aunque no para sus protagonistas): una de las veces en que Repetto estaba escondido en otro lado llegó a casa Ramón Muñiz o Rondanina, también esquivando a la policía, y durmió en la cama de Repetto; por suerte para ellos no hubo allanamiento esa noche.

No puedo distinguir en mi memoria qué recuerdo corresponde a cuál allanamiento. Si recuerdo los policías de civil en la sala, su negativa a dejarle llevar el bastón y Repetto diciendo que su bastón no tenía espada ni cachiporra. Un relato familiar me recuerda diciéndoles a los policías “aquí no hay nada, aquí no hay nada” (quizás en uno de los allanamientos en que no lo encontraron). Otro allanamiento en que sí lo llevaron (probablemente el de 1953) recuerdo que fue en plena noche y que yo me tapé la cabeza con las sábanas. Si tengo un vívido recuerdo de las visitas a la comisaría 1ª (creo), donde Repetto estaba detenido junto con Carlos Sánchez Viamonte, y a la Penitenciaría Nacional de la calle Las Heras, donde pudimos verlo con un mostrador anchísimo de por medio y escucharlo tras unas rejas espesísimas, que no permitía ver más que una sombra del preso.

Contra lo que podría suponerse, (y lo que hicieron algunos parientes de Repetto que se borraron bastante) no hubo en nuestra casa una política de ocultamiento de la posición política en nuestra vida cotidiana. Mi madre, profesora de inglés en la Escuela Normal N° 1 fue dejada cesante dos veces. La primera el 20 de agosto de 1945, por el decreto 18.921/45 firmado por el vicepresidente Perón y por Antonio Benítez, que exoneraba a un grupo de profesores (entre ellos Juan S. Valmaggia, Juan P. Botana, Ernesto Sábato, Baltasar Jaramillo, Raúl Moglia, S. Kurlat, Joaquina B. de Botana, María Inés Cárdenas de Monner Sans, Horacio Rivarola (h), Sara Justo de Iñigo Carrera) por convocar a una huelga en solidaridad con los profesores universitarios. Fueron reincorporados en octubre de ese mismo año (aunque tardó unos días en retomar su cargo porque no habían sido reincorporados los profesores

cesanteados del Liceo Militar.³ Finalmente, habiéndose reincorporado a los profesores del Liceo Militar, se reintegró a su cargo el 22/10/1945.

La segunda cesantía fue específica para ella, mediante el decreto 9893 del 29/10/1952, firmado por el director General de Personal. El decreto no especificaba la causa, pero fue la respuesta a su negativa a dar clase sobre el libro *La razón de mi vida*, asentada en una nota elevada a la Directora de la Escuela Normal N°1, en la que decía que “habiendo sostenido siempre el principio de la prescindencia política en la escuela y pareciéndome imposible la lectura del libro *La razón de mi vida* sin contemplar su aspecto político, me veo obligada a no incluir en el programa traducciones de dicha obra”.

Esa misma actitud se esperaba de nosotros. Tengo bien grabado el recuerdo de una vez en que estando yo cursando cuarto grado, nos dieron como tarea para el día siguiente preparar tres lecturas: una alusiva a Perón, otra a Evita y la tercera a Stella Maris, la patrona de los navegantes; mis padres me dijeron “cuando tengas que dar la lección te parás y decís: yo para hoy no estudié porque en la escuela no hay que enseñar ni política ni religión”; orden que cumplí al pie de la letra.

Después de la quema de la Casa del Pueblo circulaba el rumor de que serían incendiadas las casas de los dirigentes opositores (algo que nunca ocurrió). Mi madre se negó terminantemente a dejar la casa o sacar los muebles u otras cosas de la casa. Pero sí dejamos la casa cuando los golpes cívico militares de junio y septiembre de 1955. Desconozco dónde se escondió Repetto; las dos veces mis padres fueron a la casa de mi tío Miguel Justo y nosotros a la casa de mi tía Leticia, en Uriburu y Juncal. En ambas ocasiones alguien nos retiró del colegio, y Germán Dickmann, el marido de Leticia, nos fue a buscar a casa y nos llevó a la suya. Recuerdo muy vívidamente estar jugando con unos animalitos de plomo (no había juguetes de plástico en esa época), sobre una alfombra, muy nervioso, mientras esperábamos a Germán. En septiembre nos quedamos en lo de Leticia una semana, hasta que se definió la situación. Y fuimos con ella a la Plaza de Mayo donde una multitud vivaba a la libertad y gritaba “Si este no es el pueblo, el pueblo dónde está”. (Me llevaría unos diez años empezar a darme cuenta de que la mayoría del pueblo no estaba justamente en esa plaza). Fue el primer acto político multitudinario en que estuve. Tenía 10 años.

La contracara de estos recuerdos del golpe de estado del 55 y sus secuelas pueden resumirse en tres hechos que también recuerdo: la casa saqueada del periodista peronista Américo Barrios, que vivía a unas cuadras de mi casa (creo que sobre la calle Libertad y Lisandro

3. Un borrador de la nota en la que un grupo de profesores se niegan a dar clase porque no se ha reincorporado a los del Liceo Militar en mi archivo.

de la Torre) en 1955; el intento de asalto de un comando a la residencia del embajador de Haití (San Martín y Monasterio, a tres cuadras) donde se habían refugiado dirigentes peronistas en 1956; el secreto que mantuvo sobre la filiación peronista de su familia (su padre había sido funcionario importante en alguna provincia o diputado o senador) un compañero de 2° año con el que nos habíamos hecho bastante amigos.

Otro recuerdo imborrable fue el episodio de la ruptura de relaciones con Enrique y Emilio Dickmann, este último casado con una hermana de mi madre, Aurora. Como dije más arriba nuestra casa estaba pegada a la casa de Enrique por los fondos, separados los terrenos por un cerco vivo, y a la de Emilio por el costado, sin cerco entre ellas, sólo con una pirca de unos 50 cm de alto. Nuestro principal compañero de juegos era nuestro primo Emilio (h), dos años mayor que yo. El 1° de febrero de 1952 Enrique, acompañado por Emilio, se entrevistó con Perón y fue expulsado del PS y de la familia. A nosotros nos indicaron “Con su primo no juegan más”, se sacó la pirca y se levantó un cerco de alambre entre las dos casas. Y, efectivamente, no nos tratamos con mi primo por varios años. Después Emilio y familia se mudaron a la Capital y alquilaron la casa a la embajada de EEUU y finalmente la vendieron. Enrique murió poco después del golpe de estado de 1955. Lentamente se fue levantando la excomunió n y, después de varios años, (creo que ya muerto Repetto) Emilio y Aurora estuvieron en alguna de las navidades multitudinarias que organizaba mi madre. Pero mi tía Leticia Justo (a quién mi padre apodaba Lisistrata por su carácter), casada con Germán Dickmann, hijo de Adolfo, el hermano de Enrique, nunca más los saludó ni les dirigió la palabra.

¿Dónde hiciste la primaria?

El peronismo también influyó, quizás sólo como argumento, en la decisión de mandarnos a hacer la escuela primaria en colegios privados, donde, presuntamente, no estaríamos tan expuestos a represalias o molestias por la posición política de la familia. Empecé la primaria en 1951, en el colegio William Hudson, donde había hecho un par de años de Jardín de Infantes. Era un colegio muy chiquito, con pocos alumnos y sólo los dos primeros grados, propiedad de una prima de mi madre. Allí cursé Primero Inferior y Primero Superior. Después pasé al Westminster College, un típico colegio inglés, con uniforme con gorra incluida, donde, como descubrí muchos años después leyendo la autobiografía de Kwame Nkrumah (creo que era él) nos daban la preparación para ser funcionarios coloniales, con libros traídos de Inglaterra, mucha historia inglesa que enfatizaban la potencia del todavía existente imperio. Recuerdo una lectura sobre Robert Clive, un “ejemplo” de coraje

y determinación, que cuando niño escaló la torre de la iglesia de su pueblo y terminó conquistando la India. Por supuesto fuimos llevados a ver la coronación de Isabel II al cercano cine York, había bastante “sports” con 4 “houses” (Canada, Australia, Africa, India) en la que se distribuían todos los alumnos, había castigos corporales (el máximo arrodillarse sobre porotos o maíz) y “lines”, un “rey” del colegio al que había que rendir pleitesía (en realidad esto regía para los de 6° grado y tengo el vívido recuerdo de algunos que se resistían y a los que la “guardia” del “rey” arrastraba torciéndoles los brazos hasta que le besaban los zapatos). De las maestras de inglés recuerdo a Mrs. Wilkinson, con su regla de un metro rota en la punta por los reglazos que les daba a los que no se comportaban como ella esperaba. Yo estaba eximido de los castigos corporales por precisa indicación de mis padres al director del colegio, pero no me salvé de tener que estar parado con libros en la cabeza, castigo que, para mis compañeros, iba acompañado de los correspondientes reglazos. Otro episodio que recuerdo es la pelea de igual a igual (fair play) entre un maestro muy joven (Mr. Morgan) y un alumno de 6° grado que se resistía a ser llevado a la dirección.

La ruptura con esa cultura inglesa comenzó, vagamente, cuando Inglaterra, Francia e Israel atacaron Egipto en 1956. Recuerdo el impacto que recibí cuando leí la noticia. Creo que más por un sentimiento de que no era “fair play” que tres atacaran a uno, pero también es cierto que ese sentimiento entroncaba con lo que el tío Héctor Iñigo Carrera llamaba un “nacionalismo sano” o sea el antiimperialismo, que estaba presente más en mi padre que en mi madre.

En 1956 volvimos al Hudson, que se amplió a todos los grados y donde cursé 5° y 6°. Éramos 4 alumnos en 5° y 3 en 6°; prácticamente clases particulares. Aunque con resultados no precisamente brillantes: mis dos compañeros que se inscribieron para entrar al Nacional Buenos Aires no lo lograron, y yo (preparado además por mi tío Héctor) entré raspando al Nacional de Vicente López.

¿Y dónde el secundario? Creo recordar que era privado: ¿cuál fue el criterio para mandarte allí?

No. En colegio privado fue, como dije, la escuela primaria. Cursé mis estudios secundarios en el Colegio Nacional de Vicente López. Ingresé en 1958. El colegio había sido creado unos seis años antes. Cursé siempre en el turno mañana (a la tarde “es para los vagos”, según mis padres). De manera que hice primero y segundo año con francés, pero como el tercer año con francés se cursaba a la tarde, rendí examen “libre” de inglés y me cambié de división, cursé tercero con inglés y cuarto y quinto volví a francés; siempre a la mañana.

Primer año lo cursé en el edificio del “anexo” del colegio que un año después tuvo que ser abandonado porque se derrumbó el techo. En la sede central había un edificio que, decían, era del siglo XIX y unas casillas prefabricadas. Más tarde, construyeron otra tira de aulas de fibrocemento, donde cursamos quinto año. Los elementos eran precarios: un mapamundi donde gran parte de Asia era un agujero; el gabinete de química eran unos tubos que llevaba la profesora de aula en aula. Todo se basaba en el esfuerzo de (algunos) profesores.

Ese año 1958 fue el de la elección de Frondizi y, meses después, de la huelga y movilizaciones por la enseñanza laica contra la aplicación del artículo 28. Creo que fueron las últimas manifestaciones en las que participé junto a mis padres.

Antes de las elecciones marchamos en una gran movilización en favor de la fórmula presidencial del PS (Palacios-Sánchez Viamonte) (que en las pintadas, aprovechando la P y la S enlazaba los nombres de los candidatos con la sigla partidaria; una de esas pintadas quedó por años en un paredón de Vicente López) y recuerdo el escándalo de mis padres porque los jóvenes socialistas, en lugar de marchar cantando las consignas a las que estaban acostumbrados bailaban al grito de “Vote, vote, vote al hombre del bigote”.

El conflicto laica – libre llegó un día al Anexo del colegio, donde éramos todos alumnos de primer año, y una división de 2° año. Y llegó de manera, para mí, muy confusa. No sé quiénes plantearon que no había que entrar a clase pero nadie decía por qué; más bien parecía una excusa para no tener clase. Y yo entré. Cuando volví a casa mis padres se horrorizaron: ¿¿Cómo había entrado?! “¡Qué nadie se entere!”. Por supuesto que desde ese día cumplí con la huelga. Un día marchamos desde el Anexo hasta la sede central del colegio (unas 20 cuadras), donde los alumnos de los años superiores no estaban haciendo huelga, entre ellos una prima que me contó que les había llegado el rumor de que un grupo de estudiantes venía a obligarlos a plegarse a la huelga y estaban preocupados hasta que vieron llegar al grupo de niños de 13 años. Un solo policía, para mejor gordo, nos corrió y nos retiramos. En la gran movilización por la enseñanza laica, creo que en el mes de septiembre, fuimos con mis padres y ahí vi, creo que por única vez, a mi padre vociferando; gritaba “Cadistas, cadistas” (por la CADE y sus negocios con el gobierno).

En el colegio fui más o menos buen alumno. Ya prefería materias como Historia o Educación Democrática e Instrucción Cívica, mucho más que Matemáticas o Física; en cuanto comprábamos los textos me devoraba el manual de Historia. Yo era uno de los que “hablaba de política”. Fui delegado al Club Colegial (creo que fue cuando cursaba tercer año), una especie de centro de estudiantes impulsado desde las

autoridades educativas y en el que nos reuníamos, con suerte, cinco o diez estudiantes de todo el colegio, entre ellos mi hermano Juan, y que duró un suspiro.

Creo que lo más notable de mi secundario fue en 5° año, cuando el profesor de Instrucción Cívica, el Dr. Horacio Guido (militante radical), me encomendó dar varias clases sobre la historia de los partidos políticos argentinos, que se prolongó en una clase sobre el PS. Otros compañeros dieron una clase cada uno sobre la UCR y los conservadores. Horacio Guido, que era abogado en el CFI, me dio una gran mano cuando me denunciaron por “comunista” en el CFI en 1976.

¿Cuáles fueron las vivencias de la ruptura del 58? ¿Cómo siguió la convivencia familiar después, sabiendo que los Iñigo, Héctor en particular, habían quedado del otro lado que Repetto?

La ruptura del PS en 1958 es, vista en perspectiva, uno de los hechos que más incidió en mi vida: familia y partido estaban muy fuertemente imbricadas. No sólo por los lazos de parentesco sino porque en buena medida en cuestiones políticas en la casa se aplicaba una disciplina semejante a la de un partido de cuadros (como bien puede desprenderse de los hechos que relaté más arriba sobre los Dickmann o pararme para decir que no había estudiado).

Con la división se dividió la familia y también mi casa. Repetto y Andrés Justo fueron figuras del PSD, Germán Dickmann, mi tía Leticia y el resto de los hermanos de mi madre se alinearon con ellos. Alicia Moreau y mi tío Héctor Iñigo Carrera quedaron en el PSA, lo mismo que mis padres. Cuando se dividió el PSA mi padre fue afiliado del efímero Movimiento Socialista Principista que encabezaba mi tío Héctor.

En la división del 58 hubo fuertes discusiones entre Repetto y mi madre; mi padre, que tenía un respeto absoluto por Repetto, no participaba de esas discusiones que ocurrían mientras él estaba en el trabajo. Repetto llegó a decir que el odio había llegado a su hogar y no faltaron los miserables que dijeron que vivía en la pobreza en una pieza que le facilitaba una hija de Juan B. Justo (tengo el libro con esa frase). Sin embargo, creo que nunca estuvo en cuestión el afecto filial construido en los 45 años que mi madre llevaba viviendo con Repetto, que la había criado.

La que sí quedó muy afectada fue la relación entre Repetto y Alicia Moreau, que alguna vez recordó amargamente que Repetto había estado entre los que le habían iniciado un juicio “por robo de inodoros” de la Casa del Pueblo. La relación entre Héctor y Repetto se recompuso.

Dije que la división tuvo consecuencias para mí. Se daba por sentado que al cumplir 14 años me afiliaría a las Juventudes Socialistas, pero

con la división la orden que recibí de mis padres fue la de no afiliarme y creo que eso marcó para siempre mi relación con los partidos. Se puede contribuir a la transformación de la sociedad sin estar dentro de un partido; lo que no significa que se pueda prescindir del partido, una minoría organizada con capacidad de conducir a la fuerza popular.

¿Qué representaba para vos el PS cuando entraste a la universidad? ¿Era un ideario acabado? ¿Y cómo era tu visión en ese entonces del PC y de las otras izquierdas, como el trotskismo, el maoísmo, los grupos guevaristas? ¿La experiencia de los estudiantes participantes del EGP había dejado alguna huella en la Facultad, tras los intensos debates que generaron en la opinión pública y en el seno de la propia institución?

Cuando entré a la universidad tenía simpatía por lo que iba quedando del PSA. Creía firmemente en la democracia representativa.

El PC era algo lejano. En el colegio había algún militante de la FJC (según me han dicho, secuestrado-desaparecido después del 76), pero nunca fuimos compañeros de división, ni tuvimos relación. Y en mi casa había un fuerte sentimiento anti PC, producto de diferencias ideológicas pero también de los choques entre militantes de ambos partidos en la época de mayor militancia de mi padre que se indignaba recordando que los llamaban “socialfascistas”; la escisión del PSO era vista (al menos en parte) como resultado de la infiltración comunista (una anécdota: en medio de la escisión de los “overos”, como los llamaba mi padre, se produjo una gresca con los hermanos Bagù – Saul, Sergio y Roger – que culminó con el paraguas de los Bagù tomado como trofeo y ofrecido a mi abuela, que lo tuvo en su casa por años); mi madre recordaba con indignación los virajes del PC (“de un día para el otro”) durante la guerra mundial, etc. La simpatía por la revolución cubana (hay que ver los discursos de mi tío Héctor de apoyo a la revolución) no pasaba por aceptar al PC. En cuanto a los grupos y partidos trotskistas creo que ni sabía de su existencia.

Entré a la facultad en 1963 y recuerdo el clima tenso en el patio de Viamonte 430 cuando se produjo la división de Vanguardia Revolucionaria del PC. Pero me era ajeno. Y me parece que el maoísmo como organización política no existía aún como tal en la facultad.

Hay que tener muy en cuenta que, a diferencia de lo que ocurre hoy, los partidos no aparecían tan directamente en la política. Existía el Movimiento Universitario Reformista y los Humanistas, que en la facultad no tenían en ese momento entidad (tendría más presencia después de 1966 con el Movimiento Humanista Renovador, donde estaba Norberto Ivancich), en cambio estaba AUDE, una agrupación de derecha, con poca presencia en el estudiantado movilizad pero que ganaba las elec-

ciones en algunas carreras (una “mayoría silenciosa” que reunía desde los conservadores hasta los del PSD).

Conocí, creo que cursé con él alguna Introducción, a uno de los miembros del EGP, de nombre Diego (no recuerdo el apellido). En la facultad había un clima de simpatía con ellos y el Consejo Directivo hizo una declaración que fue muy criticada por la derecha a nivel nacional.

¿Votaste por el PSA “Casa del Pueblo” en tus primeras elecciones de mayor de edad?

No alcancé a votar en 1963, cuando fue candidato Coral, y creo que voté por sus candidatos en 1965 (primera vez que votaba), cuando fue elegido diputado Emilio Carreira.

¿La militancia política fue una opción para vos en los 60? ¿Apareció posteriormente?

Mi militancia fue dentro del movimiento estudiantil de la carrera de Historia, sobre todo en 1964 y 1965. Se suele afirmar que en esa época las agrupaciones estudiantiles no eran el brazo de un partido político, aunque militantes de partidos formaran parte de las agrupaciones estudiantiles y las orientaran. Mi opinión es que esa característica estaba dejando de ser cuando entré en la facultad. Hay que tener en cuenta que en ese momento se estaba produciendo la crisis de los partidos de izquierda (PS y PC), sobre todo acerca de las vías del cambio social y la relación con el peronismo y los trabajadores; aparecían (y desaparecían o se transformaban) múltiples organizaciones.

En ese momento (1964-5) el reformismo, que históricamente reunía a socialistas, comunistas, radicales, etc., había sufrido múltiples escisiones. Existían el Movimiento Universitario Reformista (MUR) que se reivindicaba heredero de la tradición de la Reforma Universitaria y de sus logros históricos, que estaba conducido por los adherentes al PS de Izquierda Nacional que eran Ernesto Laclau, Ana Lía Payró y José Luis Fernández (que eran consejeros) y el MAR (ligado a una parte de Vanguardia Revolucionaria). Y una serie de agrupaciones nuevas (formadas en 1963 y 1964): la Línea de Izquierda Mayoritaria (LIM), formada a fines de 1964, que tenía como figuras a Roberto “Pajarito” Grabois, (que venía del PS y poco después formaría el Frente Estudiantil Nacional y se incorporaría al peronismo) y Daniel Hopen (militante de Palabra Obrera y luego del PRT). La Tendencia Antiimperialista Universitaria (TAU), cuyos dirigentes eran Norberto Wilner y Juan Samaja, y con presencia en la carrera de Historia, con Hugo Rapoport y otros que mencionaré más adelante; LIM y TAU estaban aliados en el Frente Antiimperialista

(FA). Acción Reformista de Filosofía y Letras (ARFYL) orientada por los que habían quedado en la Federación Juvenil Comunista después de la separación de Vanguardia Revolucionaria y que tenía como dirigentes a Isidoro Cheresky, Oscar Landi y Beatriz Schmukler. Un diminuto Movimiento Humanista Renovador donde algo después militaba Norberto Ivancich. Y AUDE, minoritaria, donde se agrupaba la derecha y que la iban de apolíticos y sólo gremiales; tenía nula presencia en el estudiantado movilizad pero ganaba las elecciones en algunas carreras (una suerte de “mayoría silenciosa”) y reunía desde los conservadores hasta el PSD. El peronismo no existía como tal (ANDE, la agrupación asumiadamente peronista era diminuta, no participaba de las elecciones ni de la política cotidiana en la facultad) lo que da la pauta de cuan encerrada en sí misma estaba la “isla democrática”; creo que fue en la segunda mitad de 1965, ya en la sede de la calle Independencia, que alguien pegó unos retratos de Perón y Evita y José Luis Romero, el decano, en persona fue hasta el hall y los arrancó con sus propias manos, en medio de un revuelo y los gritos y críticas de estudiantes.

Todas las agrupaciones (excepto AUDE) coincidían en rechazar el academicismo y el cientificismo y reivindicaban la cultura nacional, la lucha por la liberación nacional y eran fuertes críticos del gobierno radical de Arturo Illia, instalado sobre la proscripción del peronismo, y de su política presupuestaria en la universidad. En las manifestaciones por el aumento del presupuesto universitario marchábamos al grito de “Illia – Perette, gorilas y amarretes”. Por cierto que hubo otras movilizaciones, la más importante contra la invasión de las tropas de EEUU a Santo Domingo (1965) y la guerra de Vietnam estuvo siempre presente, dando lugar a declaraciones “de repudio” y “de preocupación” respectivamente por parte del Consejo Directivo.

Entre los estudiantes se vivía un clima de radicalización general, al mismo tiempo que una relectura de peronismo, que se acentuó después de 1966.

Como dije mi militancia fue dentro de la carrera de Historia, y la definiría como gremial. En aquel tiempo las carreras eran gobernadas por un director y una junta departamental, donde había un representante estudiantil (y un suplente), pero existía otro órgano que era la asamblea departamental, de la que formaban parte todos los profesores y 8 (4 titulares y 4 suplentes) representantes de los estudiantes. Mi recuerdo de la asamblea es que era bastante decorativa y, de hecho, sólo recuerdo que se reunió una vez mientras fui delegado.

A diferencia de Sociología, Psicología y Antropología, carreras en la que MUR (y después MUR-MAR) ganó todas las elecciones del claustro estudiantil desde 1959 en adelante, en Historia AUDE ganó la mayoría en 1959, 1961, 1962 y 1963. En 1964 ganó la lista del MUR – MAR, con

José Luis Fernández, delegado titular a Junta y Ana Lía Payró como suplente (ambos del MUR) y José Luis Fernández, Raúl Mandrini y Juan Carlos Grosso delegados titulares a la Asamblea Departamental y Margarita Pontieri, Lilia Ana Bertoni y Susana Bianchi como suplentes, apoyados por un grupo muy movilizad de estudiantes, del que formé parte, que impulsó y logró el levantamiento de las correlaciones, cargos por concurso, la aprobación por la Junta Departamental de la Licenciatura en Historia Social, y el reemplazo de los niveles 4 y 5 de Latín o Griego por materias optativas y seminarios (lo vivimos como un triunfo propio, aunque el proceso había empezado años antes), que en mi caso fue uno con Alberto Plá, que creo que nunca rendí.

Al fin del año las tensiones que venían produciéndose estallaron cuando los representantes estudiantiles en la Junta (Fernández y Payró) se negaron a apoyar la designación de Tulio Halperín Donghi en Historia Argentina I, contra la voluntad de la mayoría de los estudiantes que participábamos en “la delegación”. Paralelamente, algunos de los compañeros se habían incorporado al Frente Antiimperialista (LIM-TAU). En consecuencia formamos nuestra propia lista para las elecciones de representantes a Junta y Asamblea Departamental. Después de discutir el nombre (tengo muy presente la oposición de los compañeros del TAU a que la palabra “Reformista” formara parte de nuestro nombre; claro, ¡eran revolucionarios!) nos presentamos como Lista Unificada de Historia, integrada por militantes de TAU, ARFYL e Independientes, con un programa que planteaba para la Carrera de Historia numerosas materias optativas, seminarios de especialización, seminarios libres, cátedras paralelas, sanción definitiva del sistema de correlativas, supresión de los latines y griegos, sanción de las Licenciaturas en Historia Argentina y Americana y en Historia Social y Económica y solución del problema de Historia de Antiguo Oriente (al que me refiero más adelante); y para Historia del Arte (que era parte del Departamento de Historia) reforma del plan de estudios creando una especialización en Música y formación de críticos e investigadores, supresión del triple sistema de correlativas, concursos para ayudantes rentados alumnos y racionalización de los horarios de trabajos prácticos. Ganamos las elecciones con 143 votos contra 89 votos de AUDE y 53 del MUR; el resto fueron votos en blanco o anulados. El padrón completo de estudiantes de historia era de alrededor de 400 alumnos, la mitad de Historia del Arte, de los que votaron 314.

Fuimos elegidos: Juan Carlos Grosso (TAU) como delegado titular a Junta y Alberto Collazo (ARFYL) como suplente. Y como delegados titulares a asamblea Alberto Collazo (ARFYL), Luis Alberto Romero (TAU), Nicolás Iñigo Carrera (Independiente) y Susana Bianchi (Independiente) y como suplentes Diana Epstein (Independiente), Lilia Ana Bertoni

(TAU), Graciela Dragosky (Independiente) y Marta Calviño (TAU). Collazo y Dragosky eran alumnos de Historia del Arte.

Desde la delegación teníamos un fluido contacto con los consejeros estudiantiles; en mi caso, sobre todo con Daniel Hopen (Frente Antiimperialista LIM-TAU), José Luis Fernández (MUR) y Alicia Sirkin (ARFyL). Y asistíamos a casi todas las sesiones, algunas bastante pintorescas, como cuando Halperín refiriéndose a una de las consejeras graduadas, de “aspecto poco femenino” para los cánones de la época, dijo que “Nadie podía dudar de la hombría (pausa) ... de bien de la señorita Bergadá” a lo que la aludida respondió con una alusión a la falta de masculinidad de los hombres de la facultad. Daniel Hopen era un buen orador, pero solía crear palabras inexistentes en castellano, que Ana María Barrenechea, consejera y destacada lingüista, registraba en una libreta.

Desde la Delegación estudiantil nos propusimos hacer un informe por materia. Los temas dan una buena idea del clima de la carrera en este aspecto; selecciono algunos: extensión del programa; si lo que se enseña es historia “contada”, historia política o “algo más”; extensión de la bibliografía, si es obligatoria, moderna, interesante; si el examen se da sólo con las clases o hay que leer; cómo son los prácticos, si hay discusiones; cómo son las clases y si hay que repetir la lección, como en el colegio secundario, o hay trabajo creativo del alumno; características personales del profesor y los ayudantes (con la aclaración “hay plena libertad para decir lo que se piensa”) señalando si tiene capacidad para “hacer que las ideas superen el plano teórico y se conviertan en algo vivo y comprometiente”. En síntesis, la confrontación era con la “historia tradicional” y la enseñanza “tipo secundario” (bastante presente en la carrera) más que la referencia a grandes debates historiográficos.

Reclamamos y logramos que Abraham Rosenwasser, nombrado profesor consulto, siguiera dictando Historia de Antiguo Oriente como curso regular, como lo solicitaba el Departamento de Historia, a pesar de que, resistido por los consejeros de la derecha, no llegaba la autorización del Consejo Superior. Otra actividad fue la realización de una mesa redonda sobre Arte y Sociedad con la participación de José Luis Romero, Julio E. Payró, Ernesto Epstein, Hugo W. Cowes y Norberto Rodríguez Bustamante (2 de septiembre de 1965). También presentamos notas dirigidas al Director del Departamento o al Decano sobre temas tan disímiles como el pedido de una cartelera, el cambio de horario de los Trabajos Prácticos de Historia Antigua Clásica y un proyecto de declaración repudiando las acusaciones lanzadas contra la facultad y la universidad con motivo de la muerte del estudiante de Antropología Hernán Spangenberg.

Pero donde se dio la pelea más fuerte fue para que se estableciera una cátedra paralela de Historia de América II (América independiente).

El titular de esa cátedra era Julio César González, que lo mismo que Luis Arocena (titular de Introducción a la Historia e Historia Moderna y director del departamento), Luis Aznar (vicedecano y titular de América I colonial) y el mismo Romero, era un antiguo afiliado al PS; alguno de ellos era amigo personal de alguno de mis tíos Iñigo Carrera. La historia que enseñaba González era tradicional, limitada al siglo XIX (o poco más) y centrada en lo político aunque con sesgos interesantes (yo no cursé esa materia pero varios de mis compañeros sí lo hicieron y tuvieron como tema especial la independencia de Panamá, con el libro de Gregorio Selser como bibliografía). Pero nosotros queríamos otra orientación, donde se diera más importancia a lo económico-social y a los procesos contemporáneos, y proponíamos la cátedra paralela a cargo de Alberto Plá. Esta propuesta rompía el acuerdo de hecho que existía acerca de los espacios que ocupaban los profesores que seguían una orientación “tradicional” (historia fáctica político – institucional) y los “renovadores”, agrupados en el Centro de Estudios de Historia Social, dirigido por Romero. Es por eso que las resistencias no venían sólo de los consejeros graduados de la derecha sino también de una parte de los profesores que se declaraban herederos de la Reforma Universitaria. Arocena (amigo de mis tíos) me vino a hablar para sugerir que no siguiéramos con el planteo que, dijo, estaba dirigido a “joderlo a González”, a lo que contesté que yo me debía a lo que decidían mis compañeros de delegación. En la sesión del Consejo Directivo en que debía votarse y la propuesta tenía mayoría, Romero que se retiró furioso y dejó de presidirla porque se nombró el papel de Luis Alberto en la delegación estudiantil; Aznar, que la presidió por ausencia de Romero, se retiró también, dejándola sin quórum, ganando así tiempo para reunir votos adversos. Finalmente, la sesión en que se votó fue precedida por un episodio que visto en perspectiva resulta bastante oscuro: alguno de los compañeros (creo recordar quien fue pero como no estoy seguro no lo pongo) nos sugirió hacer un cartel que consistía en un largo rectángulo vertical al lado de un cuadrado bajito con la leyenda “En su lucha contra la cátedra paralela Don Quijote encontró su Sancho Panza”, obvia alusión a Arocena, que era flaco y alto, y a Aznar, bajo y gordo, que con su retiro de la sesión anterior había impedido la aprobación de la cátedra paralela. A pesar de que el cartel era bastante inocente (por no decir bobo) se generó alrededor de él un escándalo, al que abonó Aznar diciendo que había sido amenazado por una llamada anónima. La sesión del CD en que debía votarse quedó teñida por estos episodios y giró sobre “la ofensa” inferida al vicedecano. Halperín, afirmó que como reformista no podía sino votar a favor pero dio todos los argumentos para votar en contra; Telma Recca con cuyo voto contábamos, votó en contra lo mismo que Aznar, los tres consejeros graduados por la mayoría, y probablemente

otros profesores que no recuerdo. Finalmente, perdimos. Aznar presentó su renuncia, y la Delegación Estudiantil presentó una nota dirigida al decano declarando que no había tenido intención de agraviar a Aznar y se unió a los pedidos para que la retirara. Una amplia derrota, aunque los compañeros del TAU la vivieron como un triunfo por haber logrado presentar una opción “auténticamente renovadora”.

Para entonces la facultad ya se había mudado a la calle Independencia. El hall central estaba en permanente ebullición, con actos, asambleas y discusiones.

Aunque no formé parte de agrupaciones vivía el ambiente que había en la facultad. Pasaba bastante tiempo en el local del CEFyL, charlando al divino botón. El movimiento estudiantil de Filosofía y Letras era el más radicalizado junto con el de Ciencias Exactas. Pero a diferencia de Exactas esa radicalización era percibida como del conjunto de la facultad: en 1965 la Federación Argentina de Entidades Anticomunistas (FAEDA) publicó una serie de solicitadas denunciando “la infiltración comunista” en distintos ámbitos y en la solicitada correspondiente a la universidad incluyó a la casi totalidad del Consejo Directivo de la facultad, empezando por Romero (decano) y Luis Aznar (vicedecano) e incluyendo a nombres tan improbables como el mismo Aznar, Ana María Barrenechea y Julio (sic) Halperín;⁴ por supuesto a todos los consejeros estudiantiles.

Las denuncias de “comunismo” contra la facultad de Filosofía y Letras llegaron al Congreso Nacional: en la sesión de 20 de agosto de 1965 la Cámara de Diputados debatió el tema ante un pedido de informes a los ministros de Interior y de Educación, sobre actividades nacionalistas y comunistas. La FFyL fue analizada como ejemplo de “infiltración comunista” tanto entre los estudiantes como en el cuerpo de profesores.

En ese marco, creo que fue en 1965 (quizás primeros meses de 1966), un grupo “nacionalista” (creo que la Guardia Restauradora Nacionalista) entró disparando algún tiro a la sede de Independencia 3065 para tomar un local estudiantil; hubo corridas y los estudiantes logramos atrapar a uno que fue entregado a Aznar y por éste a la policía.

En ese clima José Luis Romero renunció al decanato, lo que dio lugar a una multitudinaria peregrinación a su casa en Adrogué, con discursos de los dirigentes de las distintas agrupaciones. También juntamos firmas pidiendo que la retirara; en mi caso, todos los estudiantes y profesores a los que le pedí aceptaron firmar, con una excepción: Perla Fuscaldó,

4. La enorme cantidad de errores de todo tipo que hubo en esas solicitadas dio lugar a reclamos por parte de algunos de los incluidos y rectificaciones (a veces bastante ridículas) por parte de FAEDA. En Medicina estaba denunciado el vicedecano, mi tío Germán Dickmann, afiliado al Partido Socialista Democrático, que estaba bien lejos del comunismo.

que me dijo que Romero había cosechado lo que sembró o algo similar. Romero retiró la renuncia pero volvió a presentarla enseguida.

En 1966 se cerró la primera etapa de mi carrera, con diez materias aprobadas y un par más cursadas. Ese año fui a hacer el servicio militar (con apostamiento en una azotea fusil en mano durante el golpe de estado de junio) y no cursé ninguna materia. No participé de la ocupación del edificio de Independencia ni del consiguiente desalojo, que no tuvo la espectacularidad del desalojo de Exactas y Arquitectura la Noche de los Bastones Largos, (Bastones de la Guardia de Infantería de la Policía Federal que habíamos visto por primera vez el año anterior, en el entierro de Alfredo Palacios).

Cuando volví a cursar y rendir en 1967 era otra facultad, controlada por la policía, con exhibición de libreta universitaria para entrar. No tanto en lo que hacía a los profesores, ya que, a diferencia de carreras como Sociología donde entre renunciantes y exonerados prácticamente había desaparecido el cuerpo docente, en Historia los renunciantes fueron pocos (Halperín y el resto de la cátedra de Historia Social, Nicolás Sánchez Albornoz, Arocena, Aznar, González; Romero ya había renunciado).

La radicalización iba en buena medida de la mano de una nueva presencia del peronismo, con las Cátedras Nacionales. Cursé dos materias en esas cátedras: “Sociología Especial: Sindicalismo Argentino”, en 1969, dictada por Gonzalo Cárdenas, y “Sociología Especial: Sociología de la Cultura Latinoamericana”, en 1971; la primera tenía que ver temáticamente con mis intereses, la segunda simplemente para completar, sin mucho esfuerzo, el número de materias necesarias para recibirme.

Y aunque seguía en contacto con el grupo que habíamos formado parte de la delegación, ellos se fueron recibiendo, y yo me vinculé más a Alberto Calou, Enrique Tandeter y Juan Carlos Garavaglia, que habían entrado más tarde a la facultad. Además ellos quedaron más ligados a Pla (y los “renuncistas” del 66) mientras que yo hacia 1968 empecé a vincularme al CICSO. Con Luis Alberto Romero y Enrique Tandeter preparamos juntos alguna materia. También tenía relación con Norberto Ivancich (MHR) que me pasaba los materiales de la CGTA y de la huelga de petroleros.

Entre 1967 a 1970, mi relación de compañeros de curso en la facultad era más bien con estudiantes de agrupaciones peronistas (el Frente Antiimperialista y la Línea Antiimperialista Nacional que formaron el Frente Estudiantil Nacional; el MHR, FA y estudiantes antiimperialistas formaron el Frente de Agrupaciones Nacionales), algunos de ellos muy ligados a la CGT de los Argentinos. Recuerdo también algunos del FAUDI (PCR) y de la TERS (Política Obrera). Fuera de la facultad mi relación era con Calou, Garavaglia y Tandeter (recuerdo haber ido algunas veces a jugar al fútbol en quintas que alquilaba Enrique junto con Portantiero

y otros) y el Cicso. En la facultad ya no existía la representación estudiantil, pero creo recordar que ya a punto de recibirme en 1971 formé parte de una delegación de estudiantes que nos entrevistamos con el decano Ángel Castelán.

La actividad política seguía presente en la facultad aunque quizás de manera menos ostentosa. Las asambleas, ilegales, se hacían fuera de la facultad, en la iglesia Metodista de la calle Camacuá y en una sede del sindicato telefónico (FOETRA); supuestamente eran “clandestinas” aunque visto en perspectiva parece difícil que la policía y los servicios de inteligencia ignoraran la realización de asambleas que reunían a cientos de estudiantes. En ellas se daban fuertes enfrentamientos entre las corrientes políticas. La asamblea en FOETRA se hizo en un patio cubierto con un toldo corredizo; el calor obligaba a plegar el toldo pero cuando las discusiones subían de tono y se llegaba a las manos se volvía a correr para que no vieran los vecinos. De esa asamblea, que debe haber sido durante el verano de 1966-67, recuerdo que un militante del PORT tomó provocadoramente la palabra para “denunciar el asesinato del Che en las cárceles estalinistas de Cuba”; no alcanzó a terminar la provocación cuando fue levantado y pasado por encima de las cabezas de los asambleístas y arrojado a la calle.

En alguno de esos años, después de una corrida en la puerta de la facultad fui preso por un día en la comisaría 8ª.

La participación en manifestaciones y actos políticos ya pasaba por fuera de la facultad, aunque las convocatorias solían venir por ese lado. En el primer cuatrimestre de 1968 con Cristina López Meyer, Calou y Garavaglia cursamos Geografía Humana, que dictaba Elena Chiozza; en junio fuimos con este último y otras dos personas a la movilización a la Plaza Miserere que acompañaba la huelga declarada por la CGT de los Argentinos en repudio a segundo aniversario del golpe de estado de 1966. El gobierno había preparado un cerrojo policial que imposibilitaba el acceso a la plaza; mientras caminábamos buscando llegar, Garavaglia y su amigo marchaban adelante y unos metros más atrás nosotros dos; de pronto una pareja que estaba en una esquina simulando charlar los toman a los dos de adelante: eran policías de civil; nosotros giramos y rumbeamos para otro lado; Garavaglia inauguró la cárcel de Ezeiza, donde estuve detenido un mes, creo. Chiozza, a pesar de su antiperonismo, tuvo una actitud loable: cuando le fuimos a explicar porque Garavaglia no se presentaba a rendir el parcial nos dijo que no se preocupara, que lo rendiría cuando saliera de la cárcel.

Cuando se dio la apertura previa a las elecciones del 73 casi todos mis antiguos compañeros y amigos volvieron como docentes a la facultad. Yo, siguiendo la política marcada por el Cicso, sobre todo para la UBA,

no volví; recién di algún seminario o curso de extensión a mediados de los 90.

En esos años hice por mi cuenta un trabajo reuniendo la información de los ficheros de la Biblioteca y Hemeroteca Nacional, Biblioteca del Congreso, Unión Ferroviaria y alguna más de nombres de periódicos del movimiento obrero argentino, que años después fue publicada en un Cuaderno de Cicso.

¿Cuánto dirías que influyó la cultura de los 60 en tu radicalidad (rock, hippies, drogas suaves, etc.)? ¿Qué aspectos te resultaban más atractivos?

No creo que haya influido mucho, salvo en el pelo largo y la barba. Siempre tuve un rechazo por “las modas”. Sí hubo una tendencia generacional a vestir más informalmente. Al comenzar la facultad todos vestíamos traje, incluso con chaleco, o al menos con saco y corbata. No se podía entrar a los cines del centro sin saco y corbata y, al comienzo de Onganía tampoco a la facultad ni al Archivo General de la Nación (Eduardo Saguier iba al archivo con saco de un traje y pantalón de otro; y sin medias que el reglamento no contemplaba).

Toda la vida me gustó la música. En casa se escuchaba música clásica (particularmente Beethoven) y música popular yanqui (fox-trots, comedias musicales). Y en el colegio primario y sobre todo en el secundario lo que predominaba eran las zambas, chacareras y cuecas. (Se formaban conjuntos de 4 pero no de guitarra y bajo eléctricos y batería, como pocos años después, sino de guitarra criolla y bombo). De adolescente y joven me gustaba mucho el hot jazz, particularmente los blues, Louis Armstrong, Jelly Roll Morton, y también Benny Goodman. No el cool jazz que me parecía demasiado alambicado. Fuera del jazz, Belafonte.

Como a los 20 años descubrí el tango, que era bastante rechazado en mi casa paterna. Y me gustaron mucho Los Beatles, cuya evolución pude apreciar gracias a Sergio Guidalevich, con quien preparamos el final de Historia Antigua I Oriente, y que era el DJ o programador de “Modart en la noche”.

En los 70 fui amigo de algunos músicos (poco conocidos) rockeros y medio hippones, pero no creo que hayan influido mucho en mi manera de ver el mundo aunque me hicieron descubrir a Hendrix, Deep Purple, Ten Years After y Pink Floyd.

Finalmente en los 70, en el Chaco, descubrí el chamamé, que es uno de los géneros que más escucho hoy, junto con algún folklore, y cada tanto blues, tango y country.

Te gustaba mucho el cine ¿Cuál fue su parte en la formación de tu

cultura? ¿Te interesaban corrientes estéticas en particular? ¿Cuál era las otras artes (literatura, pintura) que te atraían en tu juventud?

Me gusta el cine. Mientras cursaba los últimos años del colegio iba tres y cuatro veces por semana a ver esos programas de dos películas (y hasta tres en los cines más berretas) en los cines de Vicente López, Olivos, Florida, Nuñez y Belgrano. Westerns, aventuras, comedias inglesas e italianas. Nada de cine arte. Pero que creo influyeron culturalmente. Esto me recuerda una anécdota que le escuche a Lito Marín: estando preso en estadio nacional en Chile un militar lo golpeaba y en un momento pensó “ahora me va a patear” y efectivamente así pasó; la conclusión de Marín era: “Claro, habíamos visto las mismas películas”. Yo creo que ese es el tipo de aporte a mi formación del cine que vi en la adolescencia.

Además del cine veíamos algo de teatro. Mis padres gustaban del teatro. Mi padre había sido cronista teatral en La Vanguardia y El Mundo, y cuando había algo en los pequeños teatros de la zona y, excepcionalmente, en la Capital, íbamos a ver obras de Bernard Shaw, Eugene O’Neal y semejantes; también teatro español y argentino, en general comedias.

La verdad es que era bastante pajuerano y recién cuando comencé el curso de ingreso a la Facultad de Filosofía y Letras, que se dictaba en la sede del Nacional Buenos Aires, tuve mi primer contacto cotidiano con el “centro” de la ciudad. Hasta ese momento mis idas a la Capital, más allá de Belgrano, no deben haber llegado a cincuenta en 17 años, siempre en familia.

En la facultad tomé contacto con cine más elaborado pero, salvo el neorrealismo italiano y Eisenstein, ninguna corriente me atrajo en especial.

La pintura me fue totalmente ajena hasta que me casé y recibí la influencia de mi compañera. En cambio, creo que influido por mi hermano Juan, sí hice fotografía, sacando, revelando y copiando en un laboratorio que improvisábamos en un baño de casa.

Desde chico gusté de la música. Estudié piano en tres oportunidades, siempre por períodos cortos: a los 7 u 8 años, nuevamente a los 13 ó 14 y finalmente alrededor de los 20. Nunca lo tomé seriamente y a gatas sí puedo leer una partitura, pero algo toco de oído.

No sé si forma parte de las artes pero lo que siempre practiqué fueron deportes (desde fútbol, natación y paleta hasta un poco de golf; mediocre en todos) y ejercicios físicos, especialmente gimnasia.

¿Cómo era la carrera de historia en los años 60? Estuviste cercano

a José Luis Romero, vía Luis Alberto ¿Cuáles son tus recuerdos de él? ¿Cómo lo valorabas entonces?

Conocí a Romero como alumno y mi (bastante breve) relación con él fue como parte del grupo que nos referenciábamos en la cátedra de Historia Social.

En 1962, mientras cursaba 5° año hice el curso de ingreso a la Facultad de Filosofía y Letras, que se dictaba en la sede del Nacional Buenos Aires. Fue mi primer contacto cotidiano con el “centro” de la ciudad. Con el curso de ingreso llegó la lectura y comentario de textos (*El príncipe* de Maquiavelo) y la gramática estructural (Saussure). El curso duraba un año y tuvimos conferencias o clases magistrales de Romero, Rodríguez Bustamante, Garasa, Arocena, Graciarena, Massuh, Pucciarelli, Klimovski, Payró, Gilda Romero Brest y Risieri Frondizi, y prácticos de gramática, lectura de textos e inglés.

Al año siguiente cursé y aprobé las 4 Introducciones (Historia, Filosofía, Literatura y Antropología) al mismo tiempo que cursaba el ingreso a la Facultad de Derecho: por un acuerdo con mis padres, escrito y firmado, me comprometía a recibirme de abogado (una profesión que me permitiría ganarme la vida) al mismo tiempo que estudiaba historia. Lo cumplí sólo ese año: nunca me hallé en esa facultad; el contraste con Filosofía y Letras era tremendo, los profesores faltaban (el titular de una materia no apareció en todo el año y las clases de esa materia comenzaron más o menos en octubre o noviembre), los cursos eran multitudinarios y después de aprobar el curso de ingreso, cuando en el verano de 1964 preparaba Introducción al Derecho, decidí romper el acuerdo. Tan mal no me fue, ya que siempre pude vivir de mi profesión.

En el primer cuatrimestre de 1964 cursé y aprobé Historia Social General, que dictaban Romero como titular, Tulio Halperín como adjunto, Reyna Pastor y Alberto Plá como Jefes de Trabajos Prácticos y Margarita Pontieri y Leandro Gutiérrez como ayudantes. Todavía la facultad funcionaba en Viamonte 430 y desparramada en varios lugares, entre otros el Centro de Estudios de Historia Social en la calle Lavalle, donde, junto a los integrantes de la cátedra de Historia Social (Romero, Plá, Halperín, Leandro Gutiérrez, Haydee Gorostegui) anidaban los que diez años después formarían parte de las comitivas de Martínez de Hoz.

Con esta Historia Social se me abrió un panorama, no sin cierta resistencia inicial, de lo que era el análisis histórico en términos de clases sociales y lucha de clases. Si bien ya había leído el Manifiesto Comunista de Marx y Engels (que, creo, me dio mi padre) tenía escindida su significación política del análisis histórico. Como dije antes, en la adolescencia me gustaba mucho la lectura de libros de historia (junto con Verne, Salgari, Dumas; ninguna literatura contemporánea

ni rupturista; ni siquiera social, excepto Los Miserables; y un libro que leí muchas veces: *Hombres y dioses* del socialista Henry Thomas, un compendio de biografías que exaltaba el pacifismo). Cuando terminé la primaria el colegio Hudson nos regaló libros a sus primeros egresados; a mí me tocó *Hernán Cortés* de Salvador de Madariaga, más de 700 páginas que me devoré en el verano de 1958, y en el que el énfasis estaba puesto en el papel del individuo, del héroe. Mientras cursaba el secundario leí los cuatro tomos de la *Historia de Inglaterra y de los pueblos de habla inglesa* de Winston Churchill, igualmente centrado en el papel de los reyes y dirigentes (“No hay historia, sólo biografía”),⁵ aunque su eje estaba puesto en un “espíritu” inglés que se había ido construyendo (y por lo tanto presente) desde la prehistoria. Aunque vacunado contra esa concepción de un “ser nacional” que atraviesa los siglos por la educación anti nacionalista (excepto el “nacionalismo sano”, que como dije, es antiimperialismo) la mayor parte de mis lecturas iban en esa dirección de una historia de héroes.

Cursar Historia Social General significó una ruptura, un enriquecimiento en ese sentido. En ese tiempo Romero estaba por publicar *La revolución burguesa en el mundo feudal* (1967) y sus clases, sobre todo en Historia Medieval, tenían que ver con esa obra y su perspectiva teórica lo aproximaba al marxismo (sin serlo). Planteaba que sobre una base económica surgieron nuevas facciones sociales y un nuevo orden social; sin duda una dimensión central era el conflicto social, la lucha entre clases y/o fracciones de clase; y daba relevancia a lo que llamamos las formas de la conciencia; en síntesis, lo que yo llamaría una resultante de necesidad y voluntad. Las clases magistrales eran realmente magistrales, uno salía deslumbrado por la exposición.

También fue una novedad el trabajo con fuentes que hacíamos en los trabajos prácticos (no recuerdo si los prácticos los hice con Leandro o con Margarita) y que era uno de los pilares de la materia, lo mismo que en Historia Medieval que también dictaba Romero y que cursé en 1964. La otra materia donde el análisis de fuentes me sirvió para siempre fue Historia Antigua I (Oriente) que dictaba Abraham Rosenvasser y que cursé en 1965, con Raúl Mandrini como ayudante de Trabajos Prácticos. Yo había entrado a la facultad con la meta de ser profesor de secundario, pero ahí empecé a vislumbrar la investigación como un camino posible

Y, last but not least, cursando Historia Social comencé a tomar contacto con quienes empezaría mi participación en la política de la carrera. Ese mismo cuatrimestre cursé Historia Argentina I que dictó Tulio Halperín y creo que allí conocí a Alberto Calou, Juan Carlos Grosso, Luis

5. Claramente emparentado con la frase de Thatcher, sobre que no existe la sociedad, sólo los individuos.

Alberto Romero, Marta Calviño, Susana Bianchi, Ana María Orradre, Lilia Ana Bertoni y todo el grupo más o menos ligado a Romero.

En el segundo cuatrimestre de 1964 alguno de este grupo (probablemente Leandro Gutiérrez) me recomendó que cursara Historia Contemporánea que, creo que por única vez, dictó Nicolás Sánchez Albornoz, el hijo de Don Claudio, que hacía historia económica por lo que su padre decía que se dedicaba a contar cacharros. Todos los que nos inclinábamos por un enfoque social nos inscribimos en esa materia en la que fui compañero de todo o casi todo el grupo nombrado más Ernesto Laclau, creo que Ana Lía Payró, Leandro y otros veteranos.

Después de su renuncia, Romero organizó en su casa un seminario sobre el mundo urbano del que participamos todo el grupo. Yo fui a unas pocas (en una en que llegué tarde y había una silla junto a Romero, éste me dijo “Siéntate junto a Dios padre”) pero mi interés iba ya por la historia de la clase obrera argentina y el tema del seminario no me convocaba.

¿Qué materias te atrajeron de la carrera? ¿Qué períodos históricos? ¿Ya te interesaba la historia argentina? ¿Y la historia de la clase obrera? En esos años la historia social, estructurada bajo el impacto de la Escuela de los Annales (los textos de Febvre, Bloch y Braudel eran referencias ineludibles), pero también de cierta influencia marxista, se había consolidado en las carreras de Historia de la UBA y La Plata, de la mano, sobre todo, de José Luis Romero, pero también de Tulio Halperín, Reyna Pastor, Alberto Plá, José Panettieri y tantos otros. ¿Cuánto te marcaron estas concepciones historiográficas?

Mi interés desde antes de entrar a la facultad era la historia argentina. No puedo precisar si ya entonces o al comienzo de la facultad me interesó en particular la historia de la clase obrera. Es curioso que recién a fines de los años 80 pudiera investigar en esa área.

Las materias que me resultaron más atractivas fueron Historia Social por su enfoque y Medieval y Antiguo Oriente por el análisis de fuentes. Y las Argentinas. Historia Argentina I la cursé con Halperín; lo que recuerdo es que trató sobre las décadas de 1810 y 1820; y en los prácticos trabajamos con las actas del congreso de 1824. Historia Argentina II la cursé en 1968, dictada por Ricardo Caillet-Bois, director del Instituto Ravnigani entre 1956 y 1973 y nuevamente en 1976-77, y miembro de la Academia Nacional de la Historia; si no me falla la memoria también era director del museo de la casa de gobierno, asesor de la cancillería y hombre de las fuerzas armadas. Curiosamente ese año 1968 no dio su curso sobre cuestiones de límites con Chile, donde había que saber cuántos metros se corrió la frontera para allá o para acá con cada

acuerdo, etc. La parte especial fue sobre historia económica y social enfocada de la manera más tradicional, incluyendo los medios de transporte, la frontera y la colonización de los territorios ocupados, los grupos sociales y la condición de los trabajadores (lo que me permitió dar examen sobre los conflictos obreros en la Semana de Enero de 1919, la Patagonia, La Forestal con Gori y los artículos de Todo es Historia de Bayer y Torre como bibliografía), el gaucho, el campo, la artesanía; la bibliografía incluía a Ricardo Ortiz, Marotta, Biale Massé, Gori, Giberti, Dorfman y Panettieri en medio de lo más tradicional de la Academia y de la historia económica.

En la carrera de Historia la presencia de Marx era muy escasa. Se asumían marxistas (o militaban en partidos que se declaraban marxistas) sólo Plá, Reyna Pastor (entonces de Togneri), Leandro Gutiérrez. No sé Romero; seguro que Halperín no. En Historia Social lo único que leíamos de Marx eran fragmentos de *La lucha de clases en Francia*, y no como bibliografía sino como fuente a trabajar en los Prácticos, lo mismo que *La situación de la clase obrera en Inglaterra* de Engels; la bibliografía incluía unos pocos marxistas pero no era de esa orientación en su mayoría; leíamos fragmentos de Bloch, Pirenne, Rostovseff, Dobb, Kula, Rostow, Sturmfthal entre otros; el libro de cabecera era *Historia de Europa* de Pirenne. Un seminario de Plá incluía en la bibliografía a Sweezy, Baran, Kondratieff, Godelier pero no a Marx. La materia que cursé con Halperín tenía como bibliografía la Historia de la Nación Argentina de la Academia, Celecia, Bosch Garzón, Irazusta, Zinny, ningún marxista.

Sin duda Romero, y la concepción de la historia como un proceso social observado dando un lugar central al conflicto social en ese proceso, nos marcó. A mí, personalmente, me enriqueció y me permitió superar la mirada limitada a la historia política sin caer en el compartimento estanco de la historia económica.

El tema de la ciudad y la frontera estaba presente y en 1967 hice un seminario sobre “Técnica y metodología sobre la historia de la ocupación del suelo” que dictó Romain Gaignard en el Instituto Ravignani.

Leías al menos en inglés, porque creo que fuiste a un colegio secundario en ese idioma. ¿Lo usabas en la carrera para trabajar cierta literatura?

No. Toda la bibliografía en la facultad se leía en castellano. En cambio sí lo usé en el primer seminario que hice en Cicso, donde trabajé sobre el modo de producción asiático y un capítulo de Wittfogel *Oriental despotism (a comparative study of total power)*. Y cuando trabajé con Murmis leí algo sobre cosecheros en California.

¿Cuál era la cultura historiográfica que surgía de la carrera? ¿Era atractiva? Tengo una percepción de debates muy pobres.

Nunca fui muy afecto a los debates teóricos, tan abiertos a la especulación y el macaneo. Así que mi recuerdo puede ser errado. Los debates que teníamos como estudiantes eran más bien con el clericalismo y el idealismo en general. Y sobre el carácter social de la historia. Después el eje de los debates fue el peronismo.

No recuerdo debates entre los profesores. O tal vez no los percibí como tales. Entre Pla y Romero había diferencia acerca de cuándo fechar el inicio del capitalismo.

Los debates sobre la caracterización de América Latina como semi-feudal o capitalista los conocí principalmente fuera de la facultad.

Fueron años de intensos debates sobre el marxismo ¿Qué Marx empezaste leyendo? ¿Por cuales vías llegaste a él? En tanto historiador que estabas en formación, ¿qué modelo de historiador marxista era el que más te había marcado? En el plano local, ¿nos preguntamos cuanto circulaban o eran discutidas, entre otras, las posiciones de Sergio Bagú, Rodolfo Puiggrós o Milcíades Peña? ¿Y en el internacional, quizás los debates Dobb-Sweezy sobre la transición, la obra de los franceses Vilar y Soboul, o las más tardías recepciones de Rudé, Hill, Hilton, Hobsbawm y Thompson?

En la primera mitad de los 60 mi lectura de Marx no iba más allá del Manifiesto, que creo había leído en mi casa, y los textos que veíamos como “fuentes de la época” en Historia Social. El Marx que conocía era el de Juan B. Justo, y poco. Mi aproximación a los clásicos del marxismo antes del 66, que como creo le pasó a casi todos fue previa a la lectura de Marx, fue la lectura de las obras más “históricas” de Trotsky: la Historia de la Revolución Rusa y su autobiografía; también *La revolución permanente* editada en dos pequeños tomitos por Coyoacan. También los *Relatos de guerra revolucionaria* del Che y otros libros sobre la revolución cubana.

Mi primera lectura sistemática de Marx comenzó en el Cicso, con el curso de lectura del primer tomo de El Capital que hice en 1970 y 1971 con Pancho Aricó, que estaba en la onda althusseriana de empezar por el capítulo 4. Un poco después leí la sección séptima del tomo III, en el marco del trabajo con Miguel Murmis, lo mismo que, quizás un poco después, El Desarrollo del Capitalismo en Rusia (Lenin) y la Cuestión Agraria (Kautzky) y otros textos de Lenin sobre las distintas vías de expansión del capitalismo en el campo. En 1975 hice otro seminario en Cicso sobre el primer tomo de El Capital, con Elio Londero, en el que

trabajamos casi exclusivamente los dos o tres primeros capítulos. Los libros II y III los leí bastante después de manera irregular; la lectura sistemática la hicimos en el PIMSA en los años 90.

Con el repliegue del 76, fue cuando leí más a Marx y Engels: empezando por los textos que habían sido el eje de un seminario que dirigió Marín en 1974 sobre las leyes de la lucha de clases y al que yo no asistí pero cuya grabación tenía Balvé y que servía de guía de lectura: *La guerra de campesinos en Alemania*, *El 18 Brumario*, *La Lucha de clases en Francia*. Además, leímos otros textos. El que más me impactó fue *El trabajo alienado* (Manuscritos Económico Filosóficos) que leímos en una traducción que había publicado en su momento el PSA de Vanguardia; *El trabajo alienado* te da una perspectiva mucho más rica de textos como *Trabajo asalariado y capital* o *Salario, precio y ganancia* y rompe cualquier lectura economicista o reformista de Marx. Muy vinculado a Trabajo Alienado están *La cuestión judía* y la *Crítica de la Filosofía del Derecho*, que leí más o menos en esa época. Otros textos importantes fueron *Miseria de la filosofía* (en particular el punto sobre las coaliciones obreras) y *La ideología alemana* para la definición de clase y *Las relaciones sociales en Rusia* de Engels, que lo mismo que *Análisis de situación. Relaciones de fuerza* de Gramsci apuntan a la relación entre estructura y superestructura, en definitiva a la relación entre necesidad y voluntad. De Gramsci también *Maquiavelo*, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, inescindible de Lenin (*¿Qué hacer?*, *El estado y la revolución*). Mucho más adelante y ya en función de investigaciones concretas estudié *La catástrofe que nos amenaza*.

Los debates Frank-Puiggrós y Dobb-Sweezy eran tema, sobre todo en el grupo de estudiantes que nos aproximamos al Cicso (Tandeter, Calou, más tarde Garavaglia), pero, repito, esos grandes debates no eran lo mío. Formaban parte de un programa más amplio del “Seminario de perfeccionamiento” titulado “Modos de producción y sistemas económicos (Introducción a un análisis de la génesis histórica de la dependencia económica)”, a cargo de Ernesto Laclau (h.), Reyna Pastor de Togneri y María Elena Vela de Ríos, que fue el primer curso que hice en Cicso y en el que leí *Formaciones económicas precapitalistas* y especialmente sobre modo de producción asiático (Wittfogel, Godelier, Mandel). A Hobsbawm (*Las revoluciones burguesas*) lo leí en Historia Contemporánea que dictó Nicolás Sánchez Albornoz en 1964, lo mismo que Soboul, y más tarde *Rebeldes primitivos*, que es el libro de Hobsbawm que más me interesó, en el grupo de trabajo sobre “Historia del movimiento obrero en Argentina”, que coordinaban Leandro Gutiérrez, Pepe Moreno y Juan Carlos Torre, en el Cicso en 1969. Quizás en ese mismo grupo vimos *La multitud en la historia* o lo leí por mi cuenta. No a Thompson, que leí en la segunda mitad de los 80, por recomendación de Marín.

Era conocido el libro de Bagú *Estructura social de la colonia*, pero no formaba parte de la bibliografía en la facultad; tampoco Milciades Peña, al que leíamos parcial y desordenadamente por nuestra cuenta, lo mismo que a Ramos o a Puiggrós.

¿En qué consistió tu militancia estudiantil? ¿Actuabas en alguna agrupación? ¿Podrías presentar un panorama de cuáles eran los principales agrupamientos estudiantiles en aquellos años? Hay ciertas reconstrucciones del campo intelectual y cultural de los años 60 que giraba alrededor de la universidad, y sobre todo de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, como los de Oscar Terán, Silvia Sigal y otros. ¿Coincidís con esas reconstrucciones o encontras críticas o matices a las mismas? ¿Cuáles eran los debates fundamentales: la cuestión del cientificismo, las polémicas en torno al peronismo, el impacto de la revolución cubana y/u otros?

Esta pregunta está respondida más arriba. Me puedo explayar sobre el cientificismo. En la facultad anterior a 1966 había dos enemigos: el academicismo (que venían a ser los profesores de la vieja escuela, reincorporados después de 1955, por ejemplo Caillet-Bois) y el cientificismo, que era la búsqueda de la rigurosidad científica al margen de las condiciones y necesidades reales del país, y que era más perceptible en otras facultades. Pero la bandera estaba. Si uno repasa los programas de todas las agrupaciones (con excepción de AUDE) va a encontrar la referencia al cientificismo como corriente a combatir: para ARFYL como una variante del irracionalismo (la otra variante era el clericalismo), para LIM como el principal asociado al imperialismo dentro de la universidad que, “so pretexto de impulsar el perfeccionamiento técnico (...) introducen subsidios de las Fundaciones controladas por los grandes monopolios internacionales y controla las instituciones universitarias en beneficio de los más reaccionarios intereses imperialistas”; para el MHR “es tarea fundamental de los movimientos estudiantiles la lucha contra la ideología cientificista (...) que divorcia a la enseñanza de las necesidades de la Nación, formando profesionales sin conciencia social destinados a sostener el régimen imperante”; para el MUR el primer punto de su programa era “Por una cultura nacional. Contra las deformaciones culturales academicistas y cientificistas”; para la TAU entre sus enemigos estaban quienes asignan un papel transformador de la sociedad a la ciencia y la técnica de alto nivel escamoteando lo que es su condición necesaria: el cambio en el contenido de clase del poder político y los que buscan la salida presupuestaria en las subvenciones de las fundaciones imperialistas. También el CEFyL, al que adherían todas estas agrupaciones, planteaba una universidad abierta al pueblo,

de contenido nacional, racional y científico, libre de las intromisiones foráneas.

Sin embargo, no recuerdo que en Historia se fuera más allá de lo declarativo: no hubo mucha denuncia del subsidio que el Centro de Historia Social recibió de la Fundación Marc Bloch como si la hubo en Sociología por el subsidio de la Fundación Ford. Probablemente porque nuestra mayor confrontación era contra la historia tradicional, además de nuestro alineamiento con Romero.

La discusión acerca de los subsidios de fundaciones extranjeras se prolongó hacia fines de la década con el Proyecto Marginalidad. Formé parte del público que asistía a las virulentas asambleas en la Sociedad Argentina de Artistas Plásticos, en la calle Florida, en las que Carlos Bastianes, Daniel Hopen, Santos Colabella e Ismael Viñas denunciaban ese Proyecto, que dirigía Pepe Nun y tenía como investigadores principales a Miguel Murmis y Juan Carlos Marin, y del que también formaban parte Beba Balvé, Néstor D'Alessio, Ernesto Laclau, Silvia Sigal y Carlos Waisman. Pese a sus afirmaciones en contrario, la posición de los primeros, bien sintetizada en un documento del Frente Antiimperialista de Trabajadores de la Cultura (FATRAC), probablemente escrito por Bastianes y Hopen (quizás también Colabella), llevaba, en definitiva, a la imposibilidad de realizar investigación científica: no sólo la impugnaban por recibir subsidios de fundaciones estadounidenses, sin importar los recaudos que se tomaran en cuanto al uso de la información recogida, sino porque el imperialismo estaba en mejores condiciones para aprovechar los resultados de cualquier investigación.

En cuanto al peronismo más que tema de debate había una coincidencia (sin duda con matices que iban desde el rechazo a su proscripción hasta la incorporación al peronismo) en rever el antiperonismo que había sido rasgo saliente del movimiento estudiantil durante los años 50.

La revolución cubana era asumida por todas las agrupaciones, excepto por algunos trotskistas. No recuerdo debates sobre ella. Había bastante coincidencia, al menos discursiva, en que una transformación radical de la sociedad sólo era posible por la vía armada.

Si hubo polémica por la intervención soviética en Checoslovaquia en 1968. Recuerdo a Oscar Landi en una asamblea, defendiendo la posición de los soviéticos.

¿Cuándo comienza a cambiar tu visión del peronismo? ¿Qué vías toma?

Comienza en ese período en la facultad. La lectura de autores como Abelardo Ramos (¿influencia de José Luis Fernández, con quien a veces tomábamos juntos el tren?), a la vez que me despertaba (y despierta) un profundo rechazo por su caracterización del “socialismo cipayo” y

su negación de la organización independiente de la clase obrera, ponía en crisis la idea sobre el peronismo que tenía desde mi infancia. Mucho más lo hacía el libro de Alberto Belloni (*Del anarquismo al peronismo*). Y las múltiples charlas con los compañeros de la facultad, donde la meta de la liberación nacional estaba mucho más presente que la de la liberación social.

No podría reconstruir los pasos de esa toma de conciencia, que no tuvo un desarrollo lineal, pero puedo sintetizar todo el proceso en lo siguiente: si, como afirma el primer punto del programa de la Asociación Internacional de Trabajadores, la emancipación de la clase obrera será obra de la clase obrera misma, y en Argentina esa clase obrera es mayoritariamente peronista, será la experiencia de lucha de esa clase obrera real la que conduzca a su emancipación. No se trata de impugnar su ideología, al estilo de las sectas portadoras de la “verdadera” conciencia de clase, sino de marchar junto a ella en su proceso de luchas que, quizás, le permita construir una conciencia socialista.

¿Significa esto que hay que hacerse peronista? No en mi opinión. Y menos aún en el campo de la producción de conocimiento, que necesita de instrumentos teóricos que el peronismo no brinda.

Casi siempre voté al peronismo en las elecciones (excepción: la reelección de Menem en 1995 y alguna más). Y participé de las movilizaciones por el retorno de Perón en noviembre de 1972 y junio de 1973, así como del llamado Devotazo. El peronismo en el gobierno me convocó mucho menos. No estaba en Buenos Aires en junio-julio de 1975, pero hubiera participado de esas jornadas.

¿Cuál fue la reacción de tus padres ante tu acercamiento al peronismo en el regreso de Perón. ¿Fue tema de discusión?

Creo que nunca entendieron mis razones. Fue tema de discusión pero no mucha y siempre en buenos términos.

¿Cuándo te ligaste a Tieffenberg, Rando, etc.? ¿Con qué otros dirigentes políticos tuviste contacto en esos años 60 y principios de los 70?

A Tieffenberg lo traté (poco) cuando formó el PS 1° de Mayo, a fines de los 80 o comienzos de los 90. A Rando la traté, y tuve la oportunidad de valorar su coherencia y su fuerza, cuando Emilio Corbière me convocó para presidir la Fundación Juan B. Justo, a comienzos de siglo.

Tuviste una relación fuerte con la sociología ¿Fue anterior a la experiencia del CICSO o se dio recién en ese marco? Sin duda, habrá colaborado el hecho que Sociología e Historia eran carreras muy próximas en ese

momento, compartiendo el mismo espacio institucional en la Facultad de Filosofía y Letras. ¿Cursaste algunas materias comunes entre esas carreras? ¿Llegó a influir en vos la estructura de docencia e investigación montada por Gino Germani y sus colaboradores, y sus lecturas del funcionalismo norteamericano o la sociología francesa?

Mi relación con la sociología, sobre todo con la sociología rural, se dio sobre todo a partir de que trabajé con Miguel Murmis, en el Cicso. En sus cursos sobre estructura social y sobre el sector agrario y en la relación con él de varios años (incluyendo las caminatas por la avenida Callao desde el Cicso hasta su casa), me formé en la temática de las clases sociales, en particular en el campo y los procesos de proletarianización y campesinización, conocí los trabajos de Kautzky, Lenin y de Chayanov (y su prolongación argentina en los debates con el chayanovista Lali Archetti) y, algo que me serviría mucho más adelante, el uso de datos censales (categoría ocupacional, grupo de ocupación y rama de actividad) para analizar estructura de clases.

No cursé Introducción a la Sociología (cursé Antropología como introductoria) ni Sociología Sistemática en la facultad. Las únicas materias que hice de esa carrera fueron las de las Cátedras Nacionales que mencioné más arriba.

Leí poco a los funcionalistas, sobre todo cuando trabajé el tema rural y cuando trabajé con Hermitte (Redfield y no recuerdo si algún otro), y un poco más (no mucho) a los franceses de sociología del trabajo (Friedman y Naville).

Lo que sí me influyó, y mucho, es algo que considero que excede ampliamente a Germani y que es la centralidad dada a la investigación empírica. La necesidad de demostrar con datos lo que se está afirmando y, de ser posible, cuantificarlo. Un trabajo como *Los hechos armados. Un ejercicio posible* (Marín) es para mí un modelo de investigación. Obviamente no es el único camino para la investigación pero es de una gran riqueza.

¿Cómo llegaste al CICOSO? ¿Cuál era la parte de la política en esa adscripción? ¿Cuáles fueron los miembros que más te influyeron? ¿Qué vínculos tenías con Marín, Murmis, las hermanas Balvé y otros de los integrantes del Centro?

No era una adscripción política partidaria sino la intuición de una política general en la que la producción de conocimiento era relevante: un centro que se definía marxista, que planteaba la necesidad de la investigación con criterios científicos (frente a cierto irracionalismo sentimental de las corrientes que comenzaban a primar en la facultad

algo debía pesar en mí la definición de socialismo de Juan B. Justo como “la lucha del pueblo guiado por la ciencia...”), independiente de los partidos políticos pero no de la política. Creo que no es casual, aunque no recuerdo que fuera muy consciente cuando me vinculé, que el núcleo que daría continuidad al Cicso (Murmis, Marín, Balvé) viniera del PSA de Vanguardia (luego PVP); de alguna manera me reencontraba con un brazo de la corriente en que me había criado.

Como dije más arriba, llegué al Cicso con algunos compañeros de la carrera (Tandeter, Calou, Garavaglia) con los que hicimos el ya mencionado seminario de Laclau-Togneri-Ríos y yo me incorporé al grupo de trabajo de Torre-Moreno-Gutiérrez. Leandro Gutiérrez había sido mi profesor y tenía una relación mayor con él, que trabajaba sobre historia de la clase obrera. Este grupo se reunió para comentar la bibliografía pero a poco andar Torre dijo algo así como “Nosotros ya hemos hecho nuestra parte, cuando tengan algo para presentar tráiganlo”; y se acabó el grupo. Más o menos 30 años después le entregué a Torre un ejemplar de *La estrategia de la clase obrera 1936* y pude decir “Aquí tengo algo para presentar”.

Creo que la historia de Cicso (al menos mientras yo estuve vinculado) puede dividirse en cuatro períodos: 1°) el Cicso pequeño que tenía su sede en el 5° piso departamento D. en el 2° cuerpo de Entre Ríos 131 (el Cicso “del fondo”), hasta 1972; 2°) el Cicso masivo, con cursos que reunían a más de 400 alumnos por cuatrimestre, en el 6° piso departamento B al frente de Entre Ríos 131, hasta 1976; 3°) el Cicso del repliegue que comenzó en la calle Entre Ríos y continuó en Defensa 665 5° C. 4°) después de 1983.

El Cicso se había creado entre fines de 1965 y 1966 por un grupo de sociólogos (Verón, Sigal, Murmis, Marín, Izaguirre) que venían del Instituto de Sociología, FFyL, UBA, con una sede en Córdoba (Delich). Su declaración de principios establecía que agrupaba a un conjunto de científicos sociales dedicados al estudio de la estructura de clases y grupos socioeconómicos y sus formas de acción, organización y orientaciones ideológicas; se centraba en la investigación y explícitamente tenía como condición utilizar los conceptos y proposiciones básicas del marxismo sin negar los aportes realizados desde otros cuerpos teóricos. Cabe recordar que esto se daba en el momento en que el gobierno de la Revolución Argentina tenía como uno de sus objetivos terminar con la “penetración marxista” y que había dictado una ley penando al que difundiera el marxismo.

Como dije antes, yo participé de un seminario y un grupo de trabajo en 1968 o 1969 y ahí comenzó mi vinculación. Llené la planilla, supongo que como “miembro adherente” porque para ser miembro pleno había que tener dos trabajos o publicaciones y yo no tenía nada. (Es más, me

costaba mucho escribir). En ese período el Cicso se mantenía con las cuotas de los asociados.

Además de los grupos de trabajo y seminarios se hacían unas reuniones donde se discutía sobre distintos temas teóricos y de la situación. Participaban, entre los que recuerdo, Murmis, Oscar Braun, Pepe Nun, Marcelo Nowersztenn, Carlos Waisman, Laclau, Silvia Sigal, Portantiero, Néstor D'Alessio, Beba Balvé. Recuerdo que yo estaba deslumbrado. También investigadores extranjeros que pasaban por Buenos Aires; recuerdo la presencia de Hobsbawm, que era uno de los miembros del comité académico del Proyecto Marginalidad, en el Cicso, además de la conferencia que dio en un teatro o algo así. También Stavenhagen.

No recuerdo con precisión como siguió mi incorporación pero en 1971 estaba instalado en la oficina del fondo trabajando como asistente de Miguel Murmis sobre "La marginalidad en una situación de frontera: el caso del Chaco: los cosecheros de algodón", con las encuestas de Marginalidad sobre asalariados rurales en Chaco, una investigación en la que aprendí mucho pero en la que, por cierta dispersión innata en mí, no terminé.

También atendía la puerta y cobraba las cuotas y los cursos. Recuerdo un choque verbal que tuvimos con un actualmente destacado economista de Juntos por el Cambio que se negaba a cobrar a los alumnos "por enseñar marxismo" (o sea que la luz, el alquiler, etc. que los pague mingo).

Sobre el final de este período varios de los que investigaban en Cicso se alejaron para vincularse, de diferentes maneras, a la Juventud Peronista. Lo mismo ocurrió con varios de los que habían sido mis compañeros de la facultad. No fue mi caso, aunque tenía a la JP literalmente en mi cama matrimonial.

En el segundo período, el del Cicso masivo, fui alumno del curso que dictó Miguel Murmis sobre estructura de clases en Argentina, en particular en el campo. Y ese fue uno de los temas sobre los que trabajé durante un tiempo bastante largo.

En este período surgieron los Cuadernos de Cicso y publiqué mi primer trabajo de investigación: *Génesis de un semiproletariado rural: la incorporación de los indígenas a la producción algodonera chaqueña*, que era una parte del informe final de beca de la UBA, a la que me referiré más abajo. El borrador estaba muy en la línea de la expansión de frontera (¿influencia de Romero?) y Miguel me dijo que se lo pasara a Néstor Lavergne, que leyó y me sugirió volver a leer el capítulo sobre Acumulación Originaria del libro I de El Capital, lo que reorientó la exposición.

Hasta 1975 mi relación principal fue con Miguel Murmis que fue quien orientó de hecho la beca de iniciación en la investigación de la

UBA que gané en 1972 (la directora formal fue Haydee Gorostegui). Lo mismo cuando gané la beca para hacer el curso 1973-74 de Formación de Investigadores en Desarrollo Urbano y Regional en el Centro de Estudios Urbanos y Regionales, que entonces formaba parte del Instituto Di Tella, con la dirección de Guillermo Flichman. Este curso equivalía a una maestría: aprobamos 2 años de seminarios y una tesis final. La mía fue sobre "La estructura de la región algodonera chaqueña, su génesis y un análisis particularizado de la situación de conflicto. Las huelgas de 1934 1936", pero nunca nos reconocieron ese título y el Di Tella, ya en manos de Gallo y compañía, ni siquiera nos dio un certificado. Todos mis trabajos de esta época fueron sobre las clases sociales en el campo y, específicamente, sobre la colonización del Chaco.

La dirección del Cicso la compartían Murmis, Marín, que había vuelto de Chile, y Balvé, pero cuando en 1975, los dos primeros salieron del país, la dirección operativa quedó a cargo de Beba. A comienzos de 1976 Beba viajó al exterior y quedaron a cargo cuatro compañeras. A raíz de una situación se realizó una especie de asamblea en la que la mayoría decidió cerrar el Cicso; sólo Inés Izaguirre y yo votamos en contra del cierre. En ese año 1976 yo había conseguido insertarme en el recién fundado Cedes, invitado como especialista en el tema rural por Marcelo Cavarozzi, de quien había sido ayudante de cátedra en la Universidad del Salvador en 1973 o 74. A mediados de año, estando yo en las oficinas del Cedes me dicen que tengo un llamado telefónico, atiendo y literalmente me caí sentado en una silla: era Beba que había vuelto y me convocaba a reabrir el Cicso. Se ganó mi eterno respeto a su valentía.

A partir de 1977 estuve full time en Cicso. El centro estaba, dirigido en lo cotidiano por Beba y codirigido por Marín desde México. Yo quedé a cargo del programa sobre campo, en el que también estaban Jorge Podestá y Jorge Rozé.

Cumplíamos riguroso horario de 8 horas, primero en la calle Entre Ríos y después en el local de la calle Defensa. Fue un momento de encierro pero a la vez de gran riqueza en la formación teórica. La mayoría de los textos que referí más arriba los leímos y discutimos en ese período, a veces en seminarios internos, pero mucho más frecuentemente en los almuerzos, las mateadas y las charlas cotidianas. También leíamos y discutíamos los avances de las investigaciones y las cartas que mandaba Marín desde México sobre cuestiones teóricas.

Manteníamos la publicación de los Cuadernos de la serie Estudios y de la serie Teoría, en tirajes reducidos y distribuidos muy selectivamente en Argentina y en el exterior. En la serie Teoría se publicaron un trabajo de Horacio Ciafardini (en ese momento en prisión) y fundamentalmente los trabajos de Marín, como el *Cuaderno 8*, de 1981, varias veces reeditado después de 1983, una lectura de la obra de Marx, Lenin y Clausewitz

sobre la vinculación entre la teoría de la lucha de clases y la teoría de la guerra. En la serie Estudios N° 34 publicamos en 1978 con el título *Acerca de la relación poder-saber y la relación saber-poder (La razón de la fuerza o la fuerza de la razón*, una primera versión del libro de Marín que más tarde se publicó como *Los hechos armados. Un ejercicio posible*. Estas publicaciones requerían una edición que realizaba Beba y en la que, en la medida de nuestras posibilidades, colaborábamos todos. Como era ese trabajo de edición puede apreciarse en el texto “Acerca del Cuaderno 8 de Cicso” que escribió Marín en 2007 y se publicó en la edición de *Cuaderno 8* que hizo Ediciones Picaso/Colectivo Ediciones en 2009.

En 1979, frente a la exaltación oficial del centenario de la llamada “Campaña al Desierto” publiqué el Cuaderno serie Estudios N° 35 *El papel del “estado” en un proceso de creación de condiciones para la constitución de un sistema productivo rural: la “violencia” como potencia económica*, casi 10 años después reeditado por el CEDAL (también en Estados Unidos y en Dinamarca) como *La violencia como potencia económica: Chaco 1870-1940*, una reelaboración total de una parte de *Génesis de un semiproletariado rural...* que ponía el eje en la coacción como constitutiva de las relaciones productivas capitalistas. Comparando hoy estos dos trabajos veo el salto en mi formación: de la descripción de las relaciones productivas a la consideración del proceso total, el papel de la coacción económica y extraeconómica y, sobre todo, la centralidad de los enfrentamientos sociales para el análisis de los procesos históricos. En trabajos posteriores avancé algo más sobre la violencia como potencia económica aplicada al caso chaqueño. Este trabajo circuló bastante no sólo en medios académicos sino también en organizaciones indígenas con las que no tenía ningún contacto; una demostración más de que no es necesario el contacto directo con los sujetos: si un trabajo sirve, de alguna manera les llega. Alrededor de 1980 publicamos con Jorge Podestá el Cuaderno 39, “Alianza de obreros y campesinos en los enfrentamientos de 1934 y 1936 (Elementos para su análisis)”, centrado ya en un proceso de enfrentamientos sociales constitutivo del territorio aldonero chaqueño.

La sorpresa que significó la derrota del peronismo en las elecciones de 1983 llevó a reorganizar todas las investigaciones del Cicso: algo había cambiado en el país y no lo sabíamos. Se plantearon nuevas investigaciones cuyos resultados debían darnos un mapa de la situación de Argentina. Siguiendo el planteo de Gramsci para el análisis de situación, Jorge y yo debíamos investigar la relación de fuerzas objetiva, directamente ligada a la estructura, mientras Beba y Beatriz investigaban la relación de fuerzas políticas a través del análisis de solicitudes publicadas en los diarios. Nuestra parte de la investigación nos llevó casi dos años; uno para construir los instrumentos específicos que nos

permitieran pasar la información de Categoría Ocupacional, Grupo de Ocupación y Rama de Actividad de los Censos Nacionales de Población de 1980 y 1960 a categorías que permitieran medir el grado de desarrollo de las fuerzas productivas y la situación de los Grupos Sociales Fundamentales (clases sociales); el segundo año para volcar la información. Los resultados se publicaron en los Cuadernos de la serie estudios N° 46 (“Análisis de una relación de fuerzas sociales objetiva: caracterización de los grupos sociales fundamentales en la Argentina actual”) y N° 57 (“La población agrícola en la Argentina actual. Aproximación al estado de la contradicción entre el campo y la ciudad”). Los resultados a los que llegamos en la investigación refutaban el discurso dominante que afirmaba la desaparición o disminución de la clase obrera en Argentina; por el contrario, al salir de las categorías censales y pasar a grupos sociales se hacía observable un proceso de proletarianización, de pauperización y de centralización de la riqueza. Con el Cuaderno 46 retorné a la actividad docente: fuimos invitados a dictar seminarios y coordinar talleres de metodología de grado y posgrado en las carreras de sociología y de historia y grupos de investigación de universidades nacionales en Río Gallegos, Jujuy, Buenos Aires, Caleta Olivia, Tandil, Mar del Plata, Resistencia, San Juan y Salta. En varios de estos lugares se formaron grupos de investigación que aplicaron los instrumentos metodológicos y técnicos presentados en ese trabajo. Además fuimos invitados a exponer sus resultados y metodología en diversos grupos políticos e intelectuales.

¿Cuál dirías que fue la ubicación general y particular del CICSO dentro del corpus marxista? ¿En que tipo de lecturas de esa tradición teórica más se inspiraban? En este sentido, nos interesaría que hicieras un recuerdo sobre el tipo de recepción y discusión que generaron en el Centro las obras, en ese entonces, más recientes, como las de Althusser y Poulantzas, pero también las más clásicas de Marx, Lenin y Gramsci.

El marxismo del Cicso es el marxismo de Marx. Eso es lo que permitía que distintas perspectivas, que estuvieran presentes en el primer período (en que participaban Laclau, Noweztern, Marín, Torre). Más aún en el período de los cursos masivos, en el que participaron incluso no marxistas.

Cuando nos concentramos en la investigación, a partir de 1976, los instrumentos fueron tomados de los textos que enuncié más arriba. Uno fundamental es que la lucha entre las clases sociales se da mediante fuerzas sociales que toman la forma de alianza de clases.

En todo caso, lo que distinguía a esta orientación era el rechazo al economicismo, a considerar lo económico como directamente determinante.

Marín trabajó mucho sobre la noción de “poder” como contracara del “valor”. El concepto de Marx de que “La guerra se ha desarrollado antes que la paz”, es decir que la “violencia” (ruptura de relaciones sociales) es el operador sobre el que se constituye la sociedad. Probablemente esto se leía con diferentes énfasis pero coincidiendo en la reflexión de Gramsci sobre la necesidad de encontrar la relación justa entre lo orgánico y lo ocasional, la necesidad y la voluntad.

Desde un comienzo, estaba presente la idea de la incorporación, desde una perspectiva marxista, de instrumentos conceptuales provenientes de otras teorías. En este sentido, a partir de fines de los 70, Marín impulsó la lectura de Clausewitz, Foucault, Piaget y Prigogine, como puede verse en sus trabajos. Estas incorporaciones fueron aceptadas en diferentes grados por distintos investigadores que fuimos parte del Cicso en los 80.

Personalmente considero que muchos de esos aportes estaban ya explícitos o implícitos en la obra de Marx y Engels, pero no cabe duda de la riqueza que pueden brindar.

¿Podrías analizarnos, combinando la mirada de aquellos años y la del balance desde la actualidad, cómo surgió un proyecto tan importante y duradero como el CICSO? ¿Cuáles fueron los desafíos teóricos y metodológicos que quiso afrontar, qué tipo de actividades desarrollaban, cómo se financiaba y funcionaba ese centro?

Parte de esa pregunta la contesté más arriba. Remito, además, a la publicación *Qué es Cicso?* de los años 80, redactada por Beba Balvé, donde está desarrollada esa historia.

El proyecto surge de la imposibilidad que encuentra un grupo de sociólogos para desarrollar sus investigaciones desde una perspectiva marxista dentro del Instituto de Sociología de la UBA, incluso antes del golpe de estado de 1966. Obviamente esa imposibilidad se potencia cuando son expulsados de la facultad, después del golpe. Recordemos además que el gobierno prohíbe la difusión del marxismo.

Y, de alguna manera, ese proyecto entronca con una tradición argentina de la que dan cuenta, por ejemplo, la Universidad Obrera de Bunge, etc. El Cicso no se planteó nunca competir con la universidad y fue, en el segundo período de los cursos masivos, un lugar de formación de otro tipo.

El desafío fue producir conocimiento científico, fundamentalmente sobre Argentina, con el instrumental teórico del marxismo y confrontar con otros conocimientos producidos desde otros marcos teóricos, incorporando críticamente aquellos avances en el conocimiento en la medida en que fueran leídos desde nuestra perspectiva teórica.

Ese desafío implica dar un fuerte peso a la investigación empírica.

No se trata de repetir lo que la teoría dice ni de hacer una declaración de fe marxista para después hacer investigaciones que no se diferencian metodológicamente de las convencionales. Ni de tratar determinados temas pensando que sólo por eso se está haciendo una investigación en una perspectiva socialista científica. Se trata de generar conocimiento riguroso de la realidad con instrumentos teóricos elaborados a partir de la teoría del socialismo científico.

En mi opinión las condiciones generales que le dieron origen se han mantenido en buena medida, con otras formas, hasta hoy. En las universidades puede haber profesores que se declaren marxistas pero no un centro de investigación que tenga esa orientación. Por otra parte, hoy las trabas pasan también por tareas burocráticas (llenado de planillas, informes, etc.) o disputas por espacios dentro de las universidades o las mil variantes que distraen de la investigación. No creo errarle cuando digo que en todos los tiempos los mejores trabajos de muchos historiadores fueron realizados por fuera o en los márgenes de la universidad).

En síntesis, desde mi perspectiva, surge de la necesidad de crear un ámbito de investigación donde se pudiera generar conocimiento científico desde una perspectiva marxista, en estrecha relación con la realidad del movimiento social. Si entendemos que el conocimiento riguroso de la realidad es un arma indispensable en los procesos de confrontación social, nuestra función es construir esas armas. Eso es lo que nos proponemos hoy desde el PIMSA.

Las actividades centrales fueron variando. En lo que he denominado primer período (hasta 1972/73) se hacía investigación en los grupos de trabajo (Historia del movimiento obrero en la Argentina; El empresariado industrial en la Argentina (donde, entre otros, estaban Balvé y Marín); Alianza de clases y génesis del peronismo, a cargo de Murmis y Portantiero) y estaba el seminario sobre Modos de producción y sistemas económicos, además de los encuentros a que me referí más arriba.

En el segundo período, bajo la dirección de Murmis y Balvé, se multiplicaron los cursos y se sistematizaron las publicaciones con los Cuadernos de Cicso, en sus diferentes series (Estudios, Teoría, Reimpresiones, Análisis, Cursos). Hacer el listado de los que fueron profesores y/o publicaron en los Cuadernos de Cicso sería interminable; por nombrar sólo algunos: Portantiero, Testa, Ciafardini, Aricó, Cavarozzi, Saguier, Toer, Piglia, G. Shuster, Villarreal, Gerchunoff, Skupch, Pucciarelli, Jelin, Bilbao, Jacoby, Rozé, Aufgang, Izaguirre, Geller, Guariglia.

En el tercer período nos concentramos en investigación y publicaciones que, a diferencia de los períodos anteriores, fueron casi exclusivamente de investigadores de Cicso.

En el primer período se financiaba con los aportes de los miembros y lo recaudado en los grupos de trabajo y seminarios. En el segundo

se sumó el producto de los cursos y de la venta de publicaciones. En el tercer período, imposibilitados de hacer cursos y de vender las publicaciones, se buscaron subsidios en el exterior y fue sustancial el de la Agencia Sueca para el Desarrollo, que permitió sostener a los investigadores.

En los años 70 ¿en qué consistían tus simpatías políticas?

Como dije antes, no formé parte de ningún partido. Acompañé las movilizaciones por el retorno de Perón en 1972 y 1973. Una anécdota: me casé el 16 de noviembre de 1972 y el comienzo de la “luna de miel”, inmediatamente después de la fiesta, fue ir a Ezeiza a recibir a Perón con unos trabajadores telefónicos con los que militaba un entonces cuñado mío; fuimos gaseados por la policía, corrimos y al regresar a la casa de mis padres, creyendo que Perón no había podido entrar al país, vimos por TV que estaba en la casa de la calle Gaspar Campos, a apenas 6 cuadras de donde estábamos nosotros. Fuimos inmediatamente; había todavía muy poca gente, todos jóvenes del barrio; Perón salió a saludar y a mí se me llenaron los ojos de lágrimas. Participé también de la inmensa movilización el 20 de junio de 1973, cuando volvió definitivamente, pero ya las condiciones eran diferentes tanto en lo personal (mi compañera ya estaba encuadrada en la JP) como en lo general: el enfrentamiento entre la Tendencia y el movimiento sindical me parecía un desastre y no me sentía identificado con lo que estaba ocurriendo; me queda el recuerdo imborrable de la sensación de derrota que daban los grupos caminando de regreso de Ezeiza, llevando a la rastra por el suelo sus banderas.

Así como consideraba que había que acompañar al pueblo en su lucha por el retorno de Perón no me sentía identificado con el peronismo en el gobierno. A la vez, sí me sentía identificado con la continuidad de las luchas.

Creo recordar que colaboré con algún artículo sobre historia de luchas obreras para la publicación del Movimiento Sindical de Bases. Estuve en el 5° congreso del FAS en Presidencia Roque Sáenz Peña donde tuve oportunidad de escuchar, entre otros, a Agustín Tosco.

¿De qué modos pensás que aquel período de intensa lucha de clases, radicalización ideológica y extrema politización abierto en 1969 con el Cordobazo marcó la dinámica de los ámbitos específicos en los que te movías, como la Carrera, los grupos de estudio e investigación, los agrupamientos estudiantiles y políticos, o el CICOSO?

En buena medida esta pregunta ya está contestada. Puedo agregar

que ninguno de los ámbitos en que me movía quedó al margen de ese proceso de radicalización. Y ningún ámbito en el país y en el mundo, en un sentido u otro. (Recordemos que hasta Ignacio Rucci y Perón hablaban del socialismo como destino ineludible de la humanidad, aunque fuera un “socialismo nacional”).

Los relatos sobre el período, casi una “historia oficial”, suelen hacer referencia a la ausencia de “democracia representativa” como razón para esa radicalización: los sucesivos golpes de estado (1955, 62, 66, 76) (y sus antecedentes en 1930 y 1943) y la proscripción de la fuerza política mayoritaria, lo que daba un tinte fraudulento a las elecciones. Es el discurso que enfatiza la resistencia popular como una lucha por la democracia.

Pero la radicalización fue resultado de un proceso más profundo, orgánico. Desde las más diversas perspectivas se ha planteado que a partir de la décadas de 1960 y 70 las sociedades capitalistas han entrado en un período diferente al anterior. La ofensiva de la oligarquía financiera, por la necesidad de revertir la caída de la tasa de ganancia y de neutralizar los procesos de liberación que se venían desarrollando desde fines de los 40, ponía a la orden del día cómo sería la sociedad.

En Argentina el desarrollo capitalista había encontrado trabas que sólo podía superar con un generalizado proceso de expropiación (la pequeña producción agrícola del Chaco y Tucumán son dos claros ejemplos, pero extensibles al resto del país), resultante del pasaje de un desarrollo capitalista en extensión a un desarrollo en profundidad, con el consiguiente proceso de concentración del capital y centralización de la riqueza. Esta situación estructural creó las condiciones para que todas las clases y fracciones sociales, sea porque vieron en peligro su posición en la sociedad o porque se propusieron ocupar otra posición, se lanzaron a una lucha por imponer al conjunto de la sociedad distintas formas de organización social, acordes con sus respectivos intereses. En esas circunstancias el uso de la fuerza es una constante en la historia y todos desplegaron sus fuerzas políticas, sindicales y militares. Cuando lo que está en juego es la forma de organización social que ha de regir por un período más o menos largo y, por ende, la misma existencia de fracciones sociales, la situación se define mediante el uso de la fuerza.

El triunfo de la fuerza social acaudillada por la oligarquía financiera, con base en buena parte de la pequeña burguesía, sobre la fuerza social del capital industrial y la fuerza social que postulaba una sociedad no capitalista, estableció la Argentina que tenemos hoy, en la que la mayoría de la población es sobrante para el capital, una democracia en la que una parte creciente de la población no come, ni se cura ni se educa y en la que un presidente pudo decir “Si decía lo que iba a hacer, no me votaban”.

Sin restarle importancia al elemento voluntad considero que no puede despreciarse el proceso orgánico que creó las condiciones para la intensidad que tomó el enfrentamiento social. Y por eso nada ni nadie quedaron fuera de esa radicalización.

Sé que en algún momento abandonaste el curso “normal” de la carrera ¿A qué obedeció esa decisión?

No sé si entiendo bien el sentido de la pregunta. Si se refiere al cursado de la carrera de historia en la facultad, lo interrumpí dos veces. La primera por el servicio militar en 1966, la segunda cuando fui a trabajar al Chaco en 1970.

¿Podrías hablarnos de tu experiencia chaqueña? Entiendo que cubrió muchos aspectos: personal y familiar, político, e intelectual.

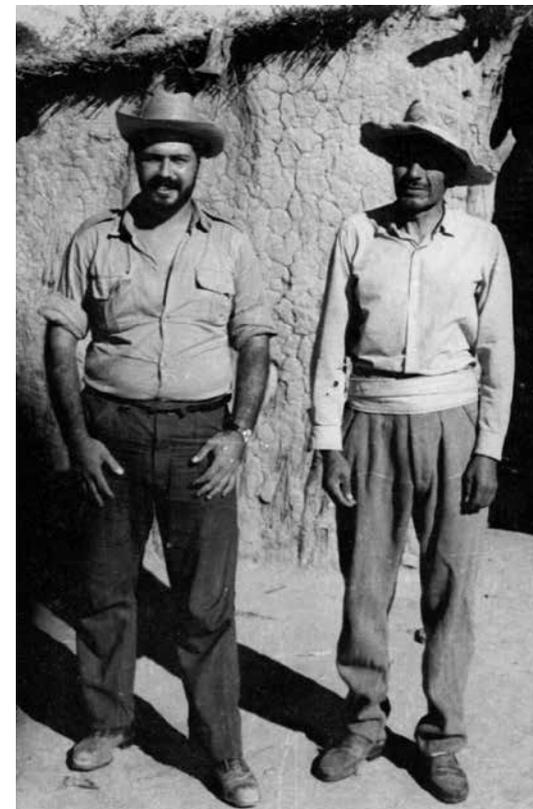
La experiencia chaqueña comenzó por razones estrictamente laborales pero significó un punto de torsión en mi vida, profesional y personal.

En 1969 trabajé haciendo entrevistas a migrantes catamarqueños en Buenos Aires para Piedad Gómez Villa, una antropóloga colombiana asentada en el CIS del Di Tella, que estaba preparando su tesis doctoral para Oxford. A fines de ese año, mientras preparaba Historia de España, Piedad me llamó por teléfono para ofrecerme ser ayudante de campo en una investigación sobre la situación de la población indígena del Chaco, para lo que tendría que estar unos 6 meses en esa provincia. Por supuesto que dudé pero Cristina López Meyer y Marcela Silberberg, con quienes estudiaba, me impulsaron a aceptar.

La investigación sobre el “Estado actual de la población indígena del Chaco y planes para su asimilación a la comunidad nacional” se hacía por un contrato entre el Consejo Federal de Inversiones (CFI) y el Instituto Di Tella, por pedido de la provincia del Chaco. Lo dirigía Esther Hermitte con un equipo numeroso del que formaban parte Piedad como jefa del trabajo de campo, Alejandro Isla y yo como antropólogos asistentes en campo, Silvia Sigal y Enrique Lubliner como sociólogos, Raúl Basaldúa como jurista, Mario Robirosa y Beba Chirico como demógrafos, Jorge Roulet y Marcelo Cavarozzi como economistas y un equipo de planificadores físicos de la Universidad del Nordeste, dirigido por Brian Thompson. El asiento era el Centro de Investigaciones Sociales del Di Tella, que estaba pasando por una fuerte crisis económica y al que este proyecto venía a darle aire.

La investigación, en sede y en campo, se desarrolló desde comienzos de 1970 (o fines del 1969) hasta el verano de 1971 y el resultado fue un Informe Final de 4 tomos mecanografiados que durmieron en la biblio-

*Misión Nueva Pompeya
con Ricardo Ledesma
dirigente wichí*



teca del CFI hasta que en 1993 lo publicamos con Isla por la Universidad de Misiones. Resultado esperable si se tiene en cuenta: A) que las propuestas del Informe hubieran mejorado, y mucho, la situación de los indígenas chaqueños liberándolos del trabajo en la cosecha de algodón y los obrajes, con lo que se afectaba la oferta de trabajadores para esas actividades. B) Los resultados que esperaba el gobierno chaqueño de la investigación y que pueden resumirse en la frase con que el ministro de Bienestar Social contestó a una larga exposición de Hermitte acerca de la importancia de la antropología y sus métodos: “Muy interesante, señora, pero lo que le pido es que no venga un indio más a Resistencia”. Que los resultados de la investigación no iban a mejorar la situación de los indígenas era también lo que preveían algunos de los entrevistados: cuando le estaba explicando los objetivos de la investigación un qom de Napalpí me dijo: “Acá no va a cambiar nada, pero está bien, vos te ganás la vida”.

Yo ya había hecho la experiencia de trabajar con técnicas antropológicas pero ahora el desafío era hacerlo en un medio rural. Y por ser el más joven, todavía estudiante, me tocó hacer la primera parte del trabajo de campo (de fin de marzo a junio) en la localidad de Misión Nueva Pompeya, en el Impenetrable, cuando no existía la ruta Juana Azurduy sino que se llegaba desde J.J. Castelli recorriendo 200 km de picada, en camioneta o camión (los autos no podían pasar) siempre que no hubiera llovido, en cuyo caso el único medio era hacer la picada a caballo, como me tocó hacer, de Pompeya a Miraflores, durante dos días del mes de mayo. La segunda parte (fin de junio y hasta fines de agosto) del trabajo de campo fue en el lote 40 de la Colonia Aborigen Chaco, cerca de Napalpí, a unos 15 km de Quitilipi y Machagai, o sea en un lugar mucho más accesible.

Mi trabajo consistía en hacer entrevistas abiertas a la mayor cantidad de habitantes de esas localidades y también observación. En Pompeya tanto a wichis como criollos, recorriendo las casas o instalándome en el almacén a donde iban a comprar mercadería y alcohol (sí, de 90° para tomar rebajado con agua); como me dijo un cacique “Su trabajo no parece trabajo”. En Napalpí iba por las casas; alguna vez que le dije a la señora que me daba el almuerzo (después de haber caminado horas) que estaba cansado de trabajar me contestó “¿Trabajar? Muéstrame las manos”.

En las dos localidades me dieron alojamiento en las escuelas, donde me instalé con mi bolsa de dormir sobre un catre de campaña, los cuadernos donde volcaba las notas de campo, la máquina de escribir para transcribirlas y mandar a Buenos Aires, las velas y la linterna y poco más. Caminaba fácilmente una o dos leguas diarias, yendo de casa en casa. En Pompeya terminé agenciándome un caballo para poder recorrer los ranchos más lejanos. Tenía una sensación de libertad absoluta mientras andaba por el monte. Lo mismo en Napalpí, donde de cada casa salían los chamamés de los Hermanos Barrios, que desde entonces se me presentan asociados con esa sensación de libertad.

Podría escribir horas sobre la experiencia. La resumo: aprendí a conectarme con personas que manejaban un idioma (tanto indígenas como criollos) y pautas diferentes a los míos, a escuchar y apreciar cómo viven y piensan fracciones sociales con culturas muy diferentes a las que estaba habituado, en lo personal aprendí a andar a caballo de verdad (no de turista), incorporé el mate (que en mi casa no se tomaba), aprendí a adaptarme a condiciones muy diferentes (desde el baño hasta la comida). O sea, salí de la burbuja familiar y de la facultad. Además, me puso en contacto con la fascinante realidad chaqueña que se convertiría en mi objeto de investigación durante los siguientes doce años.

Y, quizás lo más importante, “los pobres” dejaron de ser una abstracción para ser personas de carne y hueso. Me dijo una vez un qom,

miembro de una iglesia pentecostal: “Dice la biblia que los últimos serán los primeros ¿vos conocés a alguien que sea más último que nosotros?” Podría haberle contestado que sí: los wichí de Misión Nueva Pompeya. Las condiciones de vida eran tremendas. Volvían de la cosecha de algodón recorriendo los 200 km de picada a pie, en medio del frío (sí, clima continental: muy frío cuando no hay sol). En los seis meses anteriores a mi llegada hubo tres epidemias (de tos convulsa, gripe y paperas); sólo en la primera murieron al menos 25 chicos. A estas enfermedades hay que agregar las intestinales, cardiovasculares, venéreas congénitas. No eran muchos los que pasaban los 50 años. Cuando volví a hacer un trabajo de campo en Pompeya, en 1998, varios de los que había conocido como alumnos de la escuela habían muerto, tanto indígenas como criollos.

¿Cómo fue para vos transitar la experiencia de la dictadura y qué balances sacas de esos años?

La imagen más ajustada oscila entre una “libertad vigilada” y una cárcel o campo de concentración. Relaciones truncadas por la muerte, el exilio, la prisión o el encierro. Y un repliegue a las relaciones familiares más inmediatas. Podríamos describir la situación como de “pueblo ocupado” (Marín / Gramsci).

Pero en medio de esa ocupación poder realizar pequeñas acciones de resistencia. Por ejemplo, publicar el Cuaderno 34, sobre los hechos armados 1973-1976; yo fui uno de los encargados de distribuirlo entre los centros afiliados a Clacso y recuerdo el llamado de Francisco Delich, entonces secretario ejecutivo de Clacso, diciendo “Llegué esta mañana y encontré una bomba sobre mi escritorio”, en referencia a ese trabajo.

Escribir el Cuaderno 35, en directa confrontación con el discurso gubernamental sobre la “conquista del desierto” pero asumiendo la identificación que hacía ese discurso entre “indios” y “subversivos”, para mostrar que tanto en 1878 y 1885 como en 1976 el uso de la fuerza material (la “violencia” ejercida por las FFAA) era condición para la imposición de nuevas condiciones productivas.

Y, al mismo tiempo, formarnos teóricamente, con discusiones cotidianas sobre los instrumentos teórico-metodológicos y su aplicación. Ese período fue el de mayor estudio en toda mi vida (creo que sólo tuve una actividad tan intensa en este aspecto cuando formamos el PIMSA).

Cabe aquí señalar que la situación de pueblo ocupado a partir del golpe de estado de 1976 se venía construyendo en los años previos, con la acción, por ejemplo, de la Triple A. No casualmente dos directores de Cicso debieron irse al exterior bastante antes del golpe y Beba fue buscada por la Triple A en Rosario.

Y también hay que señalar que algunas de las condiciones de la ocupación, como por ejemplo el miedo, perduraron mucho más allá de 1983.

Antes de 1983, ¿imaginabas dedicarte a la investigación? ¿formar parte de instituciones como el CONICET?

Salvo los primeros años de estudiante, siempre trabajé en investigación. Después que terminé el colegio trabajé intermitentemente, tanto por mi cuenta como en institutos, preparando alumnos del secundario para dar exámenes en materias como historia, instrucción cívica, educación democrática, geografía y similares.

Pero ya en 1968-69 Leandro Gutiérrez, que trabajaba en el Instituto Di Tella, me puso en contacto con investigadores visitantes del Di Tella y trabajé de juntadatos para Herbert Klein (mi primera experiencia en el AGN, copiando datos de comercio colonial) y Richard Adams (que se presentaba diciendo “No soy CIA”). Después fui ayudante de Gómez Villa y después en la investigación en el Chaco. En 1972 tuve la beca de la Universidad (con el tema de la colonización del Chaco) y a fin de ese año y comienzos del 73 fui ayudante de investigación de un proyecto de la Universidad Nacional del Sur, dirigido por Carlos Cristiá y Horacio Ciafardini, sobre el desarrollo del Valle del Río Negro, en el que recogía datos en el archivo ferroviario. En 1973 y 1974 hice el curso del CEUR. En 1975 y comienzo de 1976 dirigí una investigación sobre artesanías sanjuaninas (otra experiencia con mucho trabajo de campo), por contrato con el Consejo Federal de Inversiones. En 1976 fui investigador visitante en el Cedes y a partir de 1977 y hasta 1992 fui investigador en el Cicso, incorporándome al Conicet en 1985. Como investigados del Conicet tuve asiento en el Cicso, después en IEHS de Tandil y finalmente en el Ravignani.

Por supuesto que hasta ese momento, particularmente en historia, el Conicet estaba vedado. Y tampoco fui docente regularmente en la universidad hasta 1994, cuando me incorporé a la Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires.

En síntesis, si bien no había la posibilidad de un trabajo estable como investigador en la universidad o el Conicet sí existía la posibilidad de trabajar en investigación.